

ENTRE RADIOS Y MEDIANOCHE

Mary Rogers G.

Mary Rogers G.

Nació en Santiago de Chile (1962). Estudió Pedagogía en Inglés en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Realizó cursos de Publicidad, Teatro y Música. Ha sido locutora y periodista desde el año 1986 a la fecha trabajando en prensa, radio y televisión. Editora de la publicación gratuita "Mujer Noticias" por más de tres años, accedió a la beca del Knight Center para el "Rol del Editor" (Texas University). En el su etapa de colegio asistió a los talleres de José Donoso. Asimismo fue alumna de los talleres literarios de Pía Barros entre los años 1997 y 1999. Sus cuentos han sido publicados en antologías de Chile, páginas literarias y revistas de México, y en el Diario La República del Uruguay. También es autora y compositora de música popular. **Fango Azul**, su primera novela, fue publicada por esta misma editorial en julio del 2008. Ese mes aparece también **Partes del Juego (cuentos cortos para noches largas)**, una recopilación de relatos donde se mezcla el humor con las pasiones más diversas y curiosas del ser humano.

Entre Radios y Medianoche es una crónica de su experiencia en radio y televisión, llena de anécdotas que a

ratos convierten el texto en una autobiografía. Por otra parte, la autora nos relata en paralelo la visión del medio en tiempos de gobierno militar en Chile, primero; de la transición a la democracia y el período siguiente, después.

Portada: Micrófono. D.R.

Entre radios y medianoche

© 2007, Mary Rogers G

Derechos exclusivos de edición en castellano reservados para Cono Sur, Pacto Andino, México, Centroamérica y USA.

Primera Edición: agosto del 2008

ISBN: 978-1-4357-5328-0

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del editor. Todos los derechos reservados.

Impreso por lulu.co

La piel, mi piel

***Un disfraz por un tiempo
Un gran paso te desprende
La arranca, la libera, la cambia.***

***Enigmas, preguntas sin respuestas,
Para los que no lo viven***

***Mi piel, un disfraz.
Se cambia, se esconde,
Transforma y arregla.***

***Puede ser engañoso
Misterioso y peligros,
Mi piel, un disfraz
Porque depende,
Esconde los sentimientos,
Tu identidad,
Tu verdadero yo,
Tu piel, un disfraz,
Que esconde la verdad.***

Tomás del Real R (12 años)

Para mis hijos, Trinidad y Tomás

Introducción

Llegué al mundo a las once de la mañana el 11 de julio de 1962, en Santiago de Chile. Hija de un descendiente de ingleses avecindados en las tierras de Tomé y de una heredera de la cultura española nacida en Angol, fui el 'concho' de una familia y la primogénita de otra.

Me bautizaron con el nombre horroroso de una bisabuela, Delfina, secundado por el apelativo de la Virgen que poco tenía de exclusivo en una región donde impera el catolicismo. La clínica donde vi la luz ha cambiado de dirección en las últimas décadas y su prestigio decayó hasta llegar a cero tras la muerte de una paciente. El médico que atendió a mi madre venía llegando del extranjero donde había descubierto las maravillas del 'forcep' que quiso probar conmigo. Probablemente su intervención dejó secuelas en mi emocionalidad por lo que la primera palabra que dije no fue 'mamá' o 'papá' como la mayoría de los niños normales sino 'persiana'.

A los tres años leía y a los cuatro me encontré sometida a las intensas clases de inglés de mi padre con un libro de color naranja que jamás he vuelto a ver. No sé cuánto aprendí pero por lo menos quedó el codiciado acento.

A los cinco años, la tortura que implicaba mi nombre ("¡Llegó el delfín!") dio como resultado el 'seudónimo artístico' que he usado toda la vida: Mary Rogers. Y si los motes determinan al sujeto, debo haber torcido desde entonces mi destino. Eso explicaría lo difícil que se me ha hecho a ratos transitar por este mundo. Andar por ahí con un alias, genera una especie de paralelismo que abre las puertas a la esquizofrenia. De no haber cuestionado la voluntad de mis padres, es posible que otro hubiese sido el rumbo a seguir. Aunque, pensándolo bien, en ese caso quizás no tendría mucho que contar. Lo dejaré como otro gran misterio para mi colección.

Tras consignar estos detalles que, salvo para mí, tienen poca importancia, me resulta imprescindible comentar que el texto que a continuación leerán no pretende más que relatar un período de mi historia -puente entre la memoria y la realidad- un espacio que abarca recuerdos de una época curiosa y algo extravagante que muchos vivimos en forma paralela a las circunstancias del país en los años en que se sitúa (1986 hasta

principios de los 90 más un plus del pasado inmediato). En ese lapso, de gran efervescencia y cambios fundamentales en Chile, existió una generación -a la que muchos tildaron de liviana o poco comprometida- que hoy se inserta en las corrientes que devinieron del período y que, sin tener un rol fundamental, estableció las bases del presente.

Hubo muchos músicos, actores, periodistas, locutores, compositores, artistas y paseantes que intentaron sacar la voz, haciendo lo único que sabían: crear. No todos ellos siguieron adelante. Algunos se perdieron en una democracia donde ya no tenían material de inspiración, otros nunca tuvieron nada que decir, varios emigraron y los más nos quedamos en la mitad, en esta especie de limbo desde donde aún seguimos mirando hacia atrás para entender por qué no estuvimos en ningún bando, por qué sólo fuimos observantes, por qué tuvimos la suerte o la desgracia de formar parte de un tercer espacio posible que ahora nos sitúa en la "Generación del Vacío".

No es mi ánimo analizar la situación y en más de una oportunidad me perderé en divagaciones personales, pero confío en que estas letras, además de interpretar a unos cuantos, sirvan para rescatar nombres, personajes y acontecimientos que, de otra forma, se los llevaría el viento.

Santiago de Chile, Agosto del 2006.

El Comienzo

-Como locutora, te vas a morir de hambre- sentenció mi madre-. Las mujeres no venden en radio- agregó, cerrando con esta frase toda posibilidad de discusión.

No sé si consideré el machismo latente en sus afirmaciones pero decidí dejarla ganar esa única batalla, sabiendo que el golpe final lo iba a dar yo.

Ella lo intuía, lo hizo siempre y tuvo razón. Yo estaba acostumbrada a ir contra la corriente familiar, o al menos lo intentaba. Aún resonaba en mi mente la respuesta paterna ante mi interés por el teatro cuando sólo tenía diez años y que recordaría como anécdota toda mi vida: "Mi hija no va a ser una bataclana". Ni siquiera supe lo que significaba, pero sonaba feo, muy feo, lo que dio como resultado que por bastante tiempo dejé de pensar en ser 'colega' de Angélica María (*Muchacha italiana viene a casarse*) pero sí le envié varias cartas que obviamente no tuvieron respuesta, contándole mi tragedia y pidiéndole consejo. Por lo mismo, ahora que era adulta -o al menos creía que lo era- sentí que estaba en todo mi derecho de tomar decisiones. No iba a ser médico o a estudiar leyes porque mi madre no había podido hacerlo. Me negaba a ser su proyección.

Sólo iba a pasar un año para que la vida nos demostrara, a ella y a mí, que todo se gesta, en algún lugar del universo, mucho antes de surgir siquiera como un atisbo de idea personal. Pero esa es una historia paralela que tal vez relate en otra oportunidad.

Corría el año 1984 y yo había abandonado la carrera de Pedagogía en Inglés en la Universidad Católica, convencida de que no sería capaz de dar clases toda mi vida. A pesar de ello trabajaba como profesora de música en dos colegios. Me gustaba el contacto con los niños, me atraían sus conflictos, sus historias familiares. Viviendo el final de la adolescencia es probable que me sintiera imbatible, creyendo que nadie como yo podía obtener tan buenos resultados con los chicos. Abrigaba la esperanza de aportar algo en sus vidas cuando los escuchaba, cantaba con ellos, analizábamos algún tema de interés o los ponía a dibujar con música y aparecían como por arte de magia unas láminas increíbles. Confieso que siempre sentí debilidad por los inquietos y los rotulados como 'niño problema'. Estudiaba su perfil, su entorno y casi siempre llegué a la conclusión de que sólo era necesario un poco más de atención para equilibrar lo que les faltaba en casa. Por lo mismo los distinguía, para que canalizaran su rabia o su frustración en el amor por la música.

De alguna forma intuí lo que hoy considero una verdad: el arte es sanador. Claro que en el afán de motivarlos no siempre medí las consecuencias de mis actos. En una oportunidad hube de enfrentarme a la directora de uno de los establecimientos donde trabajaba –una mujer afectiva, inteligente y asertiva que formó a varias generaciones- quien me llamó indignada porque había llevado a un niño del colegio del lado a una presentación grupal en televisión y ella “sabía” que el pequeño en cuestión no era capaz de dar una sola nota correctamente. Ante mi pregunta de qué la hacía asegurar aquello bajó el tono de voz y, con algo que yo interpreté como un dejo de culpa, dijo “porque ese niño desafinado es mi nieto”. (Cabe destacar que ese niño desafinado hoy ostenta un importante cargo directivo que le permite realizar mejoras al sistema educativo. Está lleno de energía y sabe mucho más que yo de música. No sé cómo cantará pero es un exitoso profesional y gran ser humano).

A pesar de los errores y de mi poca preparación musical- había sido contratada principalmente porque podía hacer las clases en inglés- la experiencia docente fue muy buena. Aun así yo seguía soñando con las comunicaciones. Sabía que no podía entrar a estudiar teatro -al menos formalmente, varias escuelas habían cerrado porque corrían tiempos difíciles para los artistas- y mis condiciones de cantante me situaban en el nivel medio. Era afinada, cierto,

pero no iba a sobresalir, entonces el riesgo era grande. Fue ahí cuando surgió la idea de estudiar locución que no era lo mismo pero podía calmar mis ansias escénicas. Alguien me comentó que el Sindicato Profesional iniciaba un nuevo curso y decidí entrar. Con lo que ganaba en el colegio podía pagar el año de formación y dejar algo para mis gastos. Luego de la breve conversación con mi madre, me matriculé y comencé a asistir a clases. Un día martes de marzo, a las siete de la tarde, se abriría para mí una puerta en un campo distinto, a ratos minado, pero demasiado atractivo para volver atrás y renunciar a él. Sería, entre otras cosas, locutora.

La Escuela

Asistíamos a clases tres o cuatro días a la semana. A veces debíamos suspender la sesión porque se habían hecho costumbre las manifestaciones contra el régimen militar y la calle se volvía zona de batalla. Dentro de la sala, en cambio, todos éramos uno. Ya sea porque nadie se atrevía a mostrar sus ideas abiertamente o porque nos interesaba más escapar de la realidad, el ambiente que se generaba era lúdico. Jugábamos a ser profesionales de las comunicaciones compartiendo los mismos sueños, las mismas inquietudes, las mismas taras. Así, salvo un par de compañeros que sólo buscaban perfeccionar su voz, todos intentábamos extraer lo mejor de cada uno de los profesores con la secreta esperanza de ser 'estrellas' en un momento donde el cielo parecía estar eternamente nublado.

Las asignaturas conformaban una malla curricular pequeña pero intensa que debíamos pasar 'con honores' para ser alguien en el medio, según nuestra ingenua creencia. Aun

no sabíamos que al final todo iba a depender de aterrizar en el lugar adecuado, en el momento justo.

Psicología de las Comunicaciones, Voz, Fonética en inglés, francés y alemán, Teoría y Práctica eran nuestros deberes cotidianos que, entregados por capos en la materia, nos hacían más o menos interesantes las horas que compartíamos en las dos salas oscuras de una vieja casona en el centro de Santiago.

Aun hoy no deja de sorprenderme como la vida reúne con facilidad a la gente en torno a sus afinidades y orígenes. Estoy convencida de que se trata de un nivel de vibración energética. En un lugar con miles de personas, terminarás interactuando con tus pares, reconociéndote sin siquiera hablar.

Si bien guardo un gran afecto por muchos de los que fueron mis compañeros de curso, mis mejores amigas en esa época fueron las hermanas Novoa, dos periodistas mayores que yo, con caracteres muy diferentes entre sí al igual que sus experiencias –Verónica ha estado vinculada desde siempre a las relaciones públicas mientras que Mariana, quien estudió en España, es más afín con el tema de la cultura. De hecho, creo que la mejor época de la revista Paula tuvo que ver con la participación de ella en su reestructuración – pero tan cercanas

y adorables que hicieron de mi paso por la Escuela de Locutores, un espacio afectivo para recordar. Ellas, junto a Giselle Moreno –una contemporánea mía, regia y segura que hubo de crecer en forma acelerada tras un grave accidente automovilístico durante el curso – compartían conmigo los mismos códigos y pasiones. Así, éramos casi las únicas que nos enfrentábamos en eternas y alucinantes discusiones con nuestro querido, brillante y divertido profesor Hugo Miller (“*M’jita*”, le decía a una alumna que usaba la *sh* por la *ch*, “*no lleve l’hocico así para adelante, como los rotos*” haciendo el gesto con la boca y la carcajada general no se hacía esperar); las que no temíamos demasiado a la cámara de Liliana Ross, avezada actriz y entrañable profesora; quienes nos aventurábamos a reír a mandíbula batiente en fonética o técnica vocal, mientras realizábamos los ejercicios con los que metódicamente nos enseñaban María Angélica Monardes y Anita Rubilar. Por alguna razón, éramos las irreverentes pero nunca cruzamos el límite, no era nuestra intención.

Psicología era otro cuento. Franco Simonetti fue para mí –y ellas lo recordaron por muchos años– el personaje más atractivo que hubiera conocido. Y si alguna vez dije no creer que las alumnas se enamoran del profesor, ese año tuve que guardarme las palabras. Académico brillante (docente de la Escuela de Psicología de la Católica, su texto *Teoría de la Comunicación* se ha editado en varias oportunidades y sigue

siendo material obligado para los estudiantes del ramo) destilaba ironía y complejidad -inada más atractivo para una veinteañera!- mientras hacía acopio de su extraordinario manejo en la sala.

Yo lo idolatraba y me acerqué a él lo suficiente para que estrechar lazos. En su compañía me aficioné a la música docta (lo que mi padre había intentado toda su vida, lo consiguió él en un par de semanas, sin siquiera proponérselo), reforcé mi pasión por la lectura y descubrí otra mirada de las cosas. Me marcó la ironía analítica de Paul Watzlawic, Lewis Carroll se volvió una figura de culto y Franz Kafka un puente que me hizo ver la complejidad como algo natural, una característica más del ser. Nuestras conversaciones la mayoría de las veces bordeaban la ficción y se convirtieron en un motor para que yo comenzara a escribir. Experimenté con mi imaginario, navegué los mares de la intelectualidad buscando un punto de encuentro y conseguí aclarar mis propios intereses. Nos reuníamos en la Escuela de Locutores, en la universidad, en su departamento. El juego de palabras y conceptos llenaba mis días, lo que hasta hoy agradezco.

Hay gente que surge en tu camino con la única misión de ser un espejo. Relacionándote con ellos y mirándolos atentamente puedes alcanzar a vislumbrar lo que eres o lo que quieres llegar a ser. En Franco encontré un pedazo de esa

imagen. Por cerca de una década fuimos buenos amigos y mantuvimos una conexión telepática impresionante. La vida se encargó de eternizarlo en calidad de sueño juvenil.

En el ámbito político, hacía un año que la oposición a Pinochet comenzaba a sentar las bases de lo que posteriormente sería la transición a la democracia. El 22 de marzo de 1983 se había firmado el *Manifiesto Democrático*. Cinco meses después se crearía la *Alianza Democrática*, formada por los partidos- aun prohibidos en el país- *Democracia Cristiana, Socialista Renovado, Radical* y de *Izquierda Radical*. Fue la época del comienzo de las protestas que remecieron a Chile y constituyeron una señal de que algo importante estaba sucediendo. En contraposición se creaban los partidos de apoyo a las Fuerzas Armadas, *Avanzada Nacional* y la *Unión Demócrata Independiente*. En medio del ajeteo, el gobierno reaccionó nombrando a Sergio Onofre Jarpa como Ministro del Interior, quien fue el primero en aceptar sostener un diálogo con la oposición.

A fines de 1984 el General Pinochet declaró terminadas las conversaciones y señaló que no habría promulgación de leyes políticas. La inquietud crecía.

En tanto, nuestro grupo de la Escuela de Locutores, se graduaba. El futuro era incierto, pero al menos habíamos

completado el ciclo. Algunos hijos y hermanos de animadores conocidos pensaban tener un lugar asegurado, lo que finalmente no se dio pero en ese momento era promesa. Los medios de comunicación se dividían al igual que el país e ingresar en uno u otro bando era 'marcarse', cosa que todos temíamos. Tampoco era fácil encontrar vacantes, nunca lo ha sido y nunca lo será.

En diciembre de 1984, Patricio Riveros –graduado de Escuela y locutor oficial de la entonces *Radio Pochay* de Quillota (actual *Libra FM*)- me llamó para hacer la práctica en la emisora. La oportunidad de trabajar en una 'radio de verdad' era a todas luces un regalo y no tardé en aceptar. Viajaba todos los días sábado a la capital de las paltas y las chirimoyas para hacer un programa que duraba dos horas. Me pagaban el pasaje y el almuerzo. Aún recuerdo la primera canción que presenté entre bromas de Daniel, mi primer control: *Time After Time, Cyndi Lauper*.

A las dos semanas, la gente iba a la emisora a conocerme. Ser locutora en una ciudad pequeña es entrar a formar parte del exclusivo grupo de autoridades, incluido el alcalde y el cura, más aún si eras mujer. Estuve dos meses con mi espacio y fui feliz. Luego, la juventud y las vacaciones me llamaron y partí al norte del país, no sin antes prometerle a

Pato que nos encontraríamos en el Festival de Viña del Mar (1985).

Mientras, la nación seguía en constante ebullición. El Instituto Chileno de Estudios Humanísticos organizó el seminario "Una Salida político-institucional para Chile" oportunidad en la cual Patricio Aylwin recomendó reconocer la Constitución de 1980 por ser un hecho innegable aun cuando no se considerara legítimo. Meses más tarde el arzobispo de Santiago, Monseñor Juan Francisco Fresno, propuso la firma del documento que se denominó *Acuerdo Nacional para la Transición a la Plena Democracia*, texto en el que se planteaba una transición más rápida que la de la Constitución del 80. El documento fue rechazado en forma enérgica por el gobierno.

En ese contexto, como siempre ha sucedido en períodos de crisis, el pueblo buscaba la mejor forma de evadir el temporal y el *Festival de la Canción de Viña del Mar* era un buen comienzo. En febrero de 1985, una turba de celebridades sonreía a las cámaras de televisión acaparando la atención de los chilenos, entre ellos, el cantante country *John Denver*. Apenas me enteré de la noticia decidí cumplir mi palabra y aparecerme por el certamen. No tenía entradas, credencial ni dinero suficiente para permanecer más que un par de días pero aun así enfilé a la "Ciudad Jardín" con la seguridad interna de qué *tenía* que estar ahí. El primer vinilo que obtuve en mi vida

pertenecía al norteamericano y las cuatro canciones que cantaba acompañada de mi guitarra, eran de su autoría. No me lo podía perder.

Cuando miro hacia atrás me doy cuenta de la increíble cadena de acontecimientos que demarcan el camino que uno ha de seguir. Sin duda todo sucede en el momento preciso.

Con el estómago en la mano por los nervios, había viajado varias horas desde Pichidangui a Viña del Mar y no tenía idea de qué hacer. Sólo confiaba en mi personalidad y en la suerte. Apenas me bajé del bus, caminé hacia el *Hotel O'Higgins* que entonces era el refugio de todos los artistas y centro de actividad festivalera de los medios. Entré saludando a todos como si me conocieran desde siempre. De esta forma pretendía evitar cualquier barrera o pregunta que me impidiese llegar a destino. La sorpresa fue grande al descubrir a mi amigo Pato en el hall literalmente aleteando, desesperado, para llamar mi atención. Su urgencia se debía a la necesidad de traductora para una entrevista en directo con el representante de Estados Unidos en la competencia internacional, un morenazo enorme y encantador que esperaba pacientemente a que su interlocutor encontrara intérprete. Me sentí enviada por los cielos.

A lo largo de mi carrera he vivido situaciones mágicas y debo reconocer que esa fue la primera de una larga y maravillosa cadena.

Estaba en mitad de la traducción cuando Pato me dice algo como: "pregúntale cómo recuerda la época de grabaciones como *Judas en Jesucristo Superestrella*". En ese momento creí que se me caía la mandíbula. ¡Llevaba diez minutos conversando con *Carl Anderson* y no sabía quién era! El descubrimiento me dejó atónita pero no incidió en mi actitud 'profesional' y terminé la entrevista sin contratiempos. Luego, Carl preguntó mi nombre, le pareció curioso y casi increíble que yo fuera chilena (¡gracias papá, por el acento!) y que, hasta entonces, jamás hubiera estado en EE.UU. Después vino la conversación personal y cuando supo que la intención de mi viaje era ver a *John Denver*... ¡me regaló su ticket de palco! Sucede que él cantaba al día siguiente y no tenía intención de congelarse ni arriesgar sus cuerdas vocales en la Quinta Vergara esa noche así es que prefirió que yo disfrutara del espectáculo.

Por esos días aprendería que el medio era 'especial', por decir lo menos, lo mismo que la gente.

Había llamado a la *Manina* -María Stella Negri Edwards- mi mejor amiga, a Santiago para que fuera a Viña del Mar. La

idea era compartir con ella el momento curioso, tal como lo hacíamos con gran parte de nuestra existencia y tener auto para recorrer la región con Carl y Robert O'Connor, el compositor cuyo tema representaba a Estados Unidos. Teníamos entonces diecinueve años y una ingenuidad demasiado grande para la edad. Ella sacó el Honda de su madre y partió sin avisar a nadie. El caos fue total pero 'lo comido y lo bailado' se cuenta hasta hoy.

Uno de los episodios divertidos fue sacar a nuestros amigos a pasear por la Ciudad Jardín. Después de 'raptarlos' por la puerta trasera del hotel, partimos sin contratiempos. Nos instalamos a tomar café en un local con mesitas en la calle, ubicado en Av. Valparaíso, donde salvo un par de transeúntes que saludaron a los músicos con mucho respeto, nadie nos molestó. El regreso, por la puerta principal, fue, como esperábamos, una locura total. La gente, apostada en la entrada del hotel sufre de una especie de histeria colectiva que la hace sobredimensionar al artista y olvidar el respeto por el ser humano. Finalmente logramos el objetivo y nuestros amigos pudieron volver a sus habitaciones tras un largo forcejeo con los fanáticos, por parte de los guardias.

Nosotros nos instalamos en un viejo hostel en la calle Traslaviña y durante un par de días fui la traductora oficial de Carl quien, entre otras cosas, fue sometido a una cámara

indiscreta en la que un transeúnte le pedía que sostuviera una jaula con un loro por un instante y no regresaba. El devolvió la broma simulando un ataque cardíaco que conmocionó a la prensa.

Por esos días, yo había dado una prueba de cámara para presentar El Tiempo en Televisión Nacional, cosa que les comenté a mis amigos. Entonces, cada vez que aparecía en pantalla haciendo alguna traducción, Carl vaticinaba, muerto de risa, *You're gonna be the weather lady; you're gonna be the weather lady!* (¡Serás la mujer del tiempo, serás la mujer del tiempo!)

Una tarde, la Manina y yo volvimos a Santiago, donde ambas familias nos esperaban *un poco* molestas. Dos días después, durante el cierre del Festival, recibí la invitación de Carl para acompañarlos en la final de la competencia. Me las arreglé para convencer a mi madre de lo *fundamental* que era para mi futuro el regreso al certamen y me encontré con los músicos en el *lobby* del hotel. Partimos en *van* rumbo a la Quinta Vergara en compañía de un par de representantes de otros países y el guardia personal de Carl y Bob en Chile, un Capitán de Carabineros con nombre histórico que hoy ostenta un alto rango y que, entonces, estaba en misión especial vestido de civil. El funcionario era un encanto y realizó todas las gestiones para que yo pudiera entrar al recinto con los

chicos. Todo iba muy bien hasta que nos acercamos a la segunda sección de seguridad donde revisarían nuestras identificaciones.

-Es probable que tengamos problemas con nuestra invitada- dijo el Capitán.

-No entramos sin ella- respondió Bob, serio.

-Ok, intentémoslo- dijo el hombre, mientras las luces de las linternas de los guardias se acercaban rápidamente a la camioneta. -Cuando llegue hasta nosotros, muestra cualquier credencial- me indicó con rapidez.

Como anécdota quedaría registrado en la memoria de mis amigos el hecho de que salvé la seguridad del festival más importante de Latinoamérica, con mi credencial de *Fonasa*. Sin duda eran otros tiempos.

El tema de Estados Unidos no obtuvo ningún lugar en la competencia pero Carl fue galardonado con el "Premio al Mejor Intérprete" de ese año. Bob lo intentó un par de versiones después pero no tuvo suerte.

Ese fue el comienzo una gran amistad con ambos, especialmente con Carl. Nos hablamos por teléfono, nos escribimos cartas, nos enviamos fotografías. Llamaron cuando mi madre murió y constantemente me llegaban trozos de la

historia que tejían estos dos nuevos amigos “grandes”, que incluyeron el nacimiento de hijos y nietos. Con el pasar de los años, cada uno siguió su camino pero después de un tiempo la tecnología permitió que me reencontrara con Carl en Internet y siguiéramos hablando hasta poco antes de su fallecimiento, hace un par de años, a raíz de una leucemia. Lamentablemente, la única vez que he estado en Los Ángeles, CA, él se encontraba fuera de la ciudad.

Radio Galaxia

El año 1986 reunió varios hitos importantes para mí. Enfermó mi madre, entré a trabajar a Radio Galaxia y me casé por primera vez.

A comienzos de ese año la salud de mi madre sufrió un severo revés. En marzo ya le habían diagnosticado cáncer y comenzó un período muy difícil en nuestras vidas. Ella era aun una mujer joven pero la vida se le antojaba sin esperanzas por lo que no quiso someterse a quimioterapia ni a ningún tratamiento que mermara la calidad de sus días. En cambio, se dedicó a realizar todos los preparativos para el final comenzando por asegurar mi futuro. Yo estaba indignada por sus pocas ganas de luchar y mi miedo a no saber cómo ayudarla se transformó en una angustia diaria que me alejaba de cualquier decisión lógica. No sabía qué hacer. Lo único claro era que debía renunciar a mis metas personales y el amor filial se mezclaba con una especie de resentimiento.

Por esos días, la directora del Santiago Collage -mi colegio desde siempre- hacía las gestiones para que yo estudiara en el extranjero. El médico tratante recomendó partir y seguir con mi vida. ¿Cómo puede una hija única abandonar a su madre en una situación semejante? Entonces la culpé "por querer retenerme", por no intentar sanarse (años después debí

aclarar aquellos sentimientos y reacciones con una terapia... ibenditos los psicólogos!). Lo cierto era que debía reestructurar mis planes. En medio de ese proceso, un matrimonio amigo gestionó una entrevista con el locutor de *Radio Minería*, Rubén 'Pluto' Valenzuela. Se trataba de encontrar un 'padrino' para entrar al medio, trabajar y ayudar con los gastos de la casa.

No recuerdo bien en qué fecha tuvo lugar nuestra reunión pero imagino que debe haber sido en el mes de junio. Fue una tarde soleada pero fría, aunque no podría asegurarlo. Tal vez prima la imagen de los nervios que me hicieron tiritar bastante antes de golpear la puerta de su departamento ubicado a una cuadra de la radio, en la comuna de Providencia. Pocos minutos más tarde la sonrisa del *Pluto* desvaneció mis temores y me encontré envuelta en una conversación cálida y natural. Rubén era un hombre genial, caballero, inteligente y divertido así es que no tuve problemas para contarle mi historia y escuchar un par de anécdotas suyas. El encuentro debe haber durado lo que un café pero salí con la sensación de que lo había convencido contándole casi toda mi corta vida y que algo bueno estaba por suceder.

A la semana siguiente fui citada a realizar una prueba de voz. Conmigo había cuatro locutores más esperando por una oportunidad. No sé qué conversamos y si alguna vez los volví a

ver, sólo recuerdo nuestra reunión en el pasillo que comunicaba los estudios de *Radio Galaxia* con *Minería*.

Un *casting* es como un juego de azar: trae consigo cierto grado de esperanza y una potencial desilusión. Implica mucha ansiedad en los momentos previos, un par de minutos en los que uno arriesga todo intentando dibujarse como la mejor opción y una clara sensación de incertidumbre que dura varios días. Y con la liviandad de los veintidós años, a uno se le va la vida en esa espera. “Te van a llamar”, dijo el Negro Zamorano tras grabar mi prueba. Lo tomé como un decreto.

Al poco tiempo recibí el aviso de Antonieta, la secretaria de Juan Carlos Gil, director de *Radio Galaxia*, que me citaba a una reunión con su jefe. Después me enteraría que era ella la que escuchaba las cintas (sí, en esa época utilizábamos cintas *reel* y lo más moderno, aparte de los vinilos, eran los *cassettes*). Como buena control de sonido -se había retirado del oficio por un problema puntual en una mano- tenía la intuición bastante desarrollada y todos confiaban en su criterio.

“Sólo la mina tiene onda”, me contaron que dijo a modo de recomendación. Una frase por la que le estuve eternamente agradecida.

Mi madre ordenó que me portara como *señorita* en la entrevista, que escuchara y hablara lo mínimo, que no tratara de 'tú' al director, que era una persona de respeto y todas las recomendaciones pertinentes para esos casos. Juan Carlos contaría con mucha gracia después lo 'compuestita' que me veía. Hizo muchas preguntas que apuntaban a mis intereses pero insistió en mi relación con el fútbol, área en la cual yo me consideraba prácticamente nula. Pasado unos meses supe que, como gancho, Rubén Valenzuela había utilizado una información entregada por mí al pasar sobre la posibilidad de aprender locución deportiva y que, algo adornada, me convertía en la única flamante relatora de fútbol femenina del país (¡!). Por fortuna salvé la entrevista luego de confesar mi pseudo filiación con el Club Deportivo de la Universidad Católica, lo que era más una tradición familiar que una verdadera pasión, pero que para mi nuevo jefe implicaba cierta afinidad.

Acababa de cumplir veintitrés años cuando recibí un regalo magnífico. Tras una semana de engaños por parte de Juan Carlos quien insistió en que ciertos problemas técnicos del estudio impedían la grabación de algún programa, salí al aire *en directo* con él, muerta de miedo pero 'aperrando' con toda la fuerza que me daban las ganas. Lo primero que me había aconsejado era que olvidara todo lo aprendido en el Sindicato, sugerencia que seguí a pie juntillas intentado ser lo más natural posible frente al micrófono (la mayoría de los locutores

que salen al medio, comienzan a impostar la voz para demostrar su condición, con lo que obtienen sólo una caricatura del oficio) y a los pocos minutos ya me sentía como si siempre hubiera estado ahí.

Top Ninety era el nombre del programa en el que hacíamos un recuento de las canciones más pedidas de la semana en noventa minutos.

En el espacio que iba al aire todos los domingos convivían los éxitos de *Reo Speedwagon* o *Bryan Adams* con los temas de *Tati Penna*, *Congreso* y, por supuesto *Los Prisioneros*. La producción y programación, dicho sea de paso, estaba a cargo de Juan Andrés Ossandón, actual productor musical de Canal 13, hijo de Juan Carlos (cuyo nombre real es Juan Alfonso Ossandón Gil) que tenía sólo trece años y empezaba a interesarse por la música en forma seria.

Fue una temporada extraordinaria para mí y todo anduvo sobre ruedas. Sé que tuve mucha suerte. A los tres meses de entrar a Galaxia, recibimos la primera encuesta *Search* que nos situaba en el tope de las preferencias, tanto en FM como AM superando incluso a *Radio Cooperativa* que, hasta entonces, se perfilaba como la emisora más escuchada por ser una de las pocas que iba de frente contra el gobierno. Nosotros, sólo con música y conversación en torno a ella

imponíamos un estilo cercano y natural que a la gente parecía gustarle. Probablemente éramos un espacio catártico.

Contábamos con un equipo humano sobresaliente y eso se hacía notar. Los controles de sonido -Sergio Matus, quien después fuera gerente de una radio en La Serena; Gabriel González, un adorable machista confeso; Héctor "sopa" Ortiz, que tras la venta de las emisoras se volvió microempresario; Juan Carlos 'Rambo' Solorza, por estos días Jefe de programación de Radio Duna y el Negro Zamorano, acucioso profesional de un humor sarcástico y rápido- pertenecían a la antigua escuela en la que las mezclas se realizaban a mano, con cintas y vinilos, no sólo bastaba subir o bajar una vía, había que tener oído y pulso. Por lo mismo, eran respetados y queridos. Su opinión en cuanto a música, locutores y programas era tan o más valiosa que la de cualquier directivo.

Por otra parte, las voces eran inconfundibles. Cada uno tenía su estilo, dentro de la naturalidad, cosa poco común en la época. Hermógenes Carril -quizás el más serio de todos en su condición de periodista colegiado- Juan Eduardo Goñi, Chris Ruhe-Shoen- el "Compadre Chris"- Juan Carlos Gil y Sergio 'Pirincho' Cárcamo sumaban un todo difícil de superar. Al otro lado del pasillo, en *Radio Minería*, podía contar con Julio Martínez, el brillante Juan La Ribera, Manuel Riveros, Germán Gamonal, Raquel Kupfer (*Las Horas Nuestras*) y por supuesto

mi padrino, Rubén Valenzuela, entre otros próceres de la radiotelefonía.

En *Minería* tendría, años más tarde, la posibilidad de transmitir por la frecuencia AM- *El Correo Musical de Minería*-situación que no prosperó porque la emisora estaba orientada a los servicios informativos y lo mío resultaba una especie de enlace liviano con el departamento de prensa, cosa que no cumplía mis expectativas. La única vez que reemplacé a un lector de noticias que se había ausentado, mi generosa colaboración se vio truncada porque un Germán Gamonal indignado me sacó del aire argumentando que "nunca una mujer había leído el Informativo Central de Radio Minería". En un reciente encuentro de supermercado con el periodista político le recordé la anécdota que aseguró no recordar. Con el tiempo las miradas cambian, no sé si ahora se habría dado un episodio similar pero en ese momento la discriminación femenina era algo usual que con el pasar de los días sólo revistió importancia para mí.

En Radio *Minería* conocí a dos grandes: Raúl Matas y Arturo Moya Grau. No debo haber conversado más de un par de veces con cada uno, pero el recuerdo es imborrable. Definitivamente hacían honor a sus logros con la humildad de los triunfadores, entregando en cada frase pequeñas lecciones de vida sin proponérselo.

Había aterrizado en un medio ganador y eso me hacía también una triunfadora.

Comenzaron las entrevistas, las propuestas para televisión, las fotos y el reconocimiento. El camino estaba trazado, era cosa de seguir andando.

Casi tanto como salir al aire o programar mi espacio, me gustaba presenciar el trabajo de los demás, especialmente las horas en que Pirincho estaba transmitiendo. Me instalaba en el largo e incómodo sillón negro de cuero que teníamos en el locutorio y lo mismo disfrutaba conversar con él, escuchar el *'Hecho en Chile'* o presenciar los curiosos diálogos sostenidos con los invitados en medio de las entrevistas.

Cantantes, cantautores e intérpretes adoran a Pirincho. Él fue y será un elemento de soporte fundamental en la historia de la música nacional. Sus programas siempre constituyeron una vitrina para nuestros creadores, un espacio adornado por un conocimiento del área que pocos profesionales tienen y que le da fuerza a todos sus proyectos. Con naturalidad y bajo perfil, ha conquistado un sitio que nadie jamás ocupará. Un tipo cálido, divertido, inteligente y modesto, quizás demasiado para un medio que se deja impresionar por la forma y no por el fondo. Del 'Piri' aprendí millones de cosas pero por sobre todo

a respetar al que se atreve a crear, no importa el nivel que alcance.

Otro espacio que me divertía mucho era el del Compadre Chris y aunque pocas veces me quedaba a acompañarlo en el locutorio -su programa se transmitía a continuación del mío- me encantaba compartir con él. Chris es, hasta donde lo conocí, uno de los hombres inteligentes más ingenuos con los que me he topado en la vida. Él jamás pensaba mal de nadie, nunca se enojaba por las continuas bromas a las que lo sometíamos, tampoco malinterpretaba nada. Además, siempre estaba dispuesto a colaborar en lo que se le pidiera, sobre todo si era algo relativo a la música o a lo espiritual, sus dos temas preferidos. Profesaba la religión Bahá'í y constantemente nos estaba regalando oraciones y consejos, pero sin llegar a molestarnos. Elegía el momento justo para hacerlo y acertaba. Un ser humano bellísimo y luminoso que permaneció este Chile que amaba hasta que el romanticismo tuvo que dar paso a la responsabilidad por su familia y hubo de volver a Estados Unidos. La última vez que nos comunicamos por mail me contó que estaba bien, que seguía con su banda y me mandó un CD grabado en vivo en un pub que aún conservo.

El ambiente de la emisora, como sucede en todas las empresas, tenía un sello particular. Aun cuando se vivieran

momentos difíciles, siempre existió un espacio para la diversión. Las bromas siempre estaban a la orden del día y había ciertos rituales que, estoy segura, todos recordamos.

El comedor era, como es lógico, el lugar donde compartíamos a diario. En un espacio reducido nos turnábamos para almorzar, conversando no sólo con los integrantes de la mesa elegida, sino con el resto de la concurrencia. Por ello, a veces las voces se alzaban hasta convertirse en un zumbido exasperante que enloquecía a quienes no estaban acostumbrados al sistema. Recuerdo haber hecho una declaración de principios que se volvió discusión colectiva cuando un control de sonido dijo que no le parecía correcto decir "yo soy bueno en lo que hago" a lo que respondí que si no era capaz de asegurarlo, no merecía su trabajo. El insistió en que la frase correcta era "no soy tan malo". El tipo en cuestión era un personaje adorable pero por lo bajo le decían 'Poncho Lindo' agregando "su pega le queda como poncho" lo que no era real pero, seguramente por su propia postura, resultaba como proyección lógica.

En esos días, era habitual ver a Pirincho bendiciendo las mesas cuando entraba en el recinto, o a Juanito La Ribera diciendo alguna genialidad con lo que a muchos de nosotros nos reducía a miserables aprendices del lenguaje. La única que, con un par de frases, le hacía el peso, era una de las

vendedoras de publicidad, Mireya González, mujer madura y encantadora conocida por todo el medio comercial, poseedora de un humor brillante, que no dejaba pasar la ocasión para comentar que era nieta del famoso pintor Francisco González.

A la par de la historia laboral, la cercanía con Juan Carlos me llevó a una relación afectiva con él que desencadenó otras historias dignas de una novela. De alguna forma yo buscaba un hombre-padre y él ya había tenido varias parejas mucho menores que él. Fuimos grandes amigos y disfrutábamos de muchas actividades juntos. En su compañía conocí toda una generación a la que, de otra forma, probablemente no habría podido acceder. El maravilloso Jimmy Brown y a su mujer, Ludmila, quienes dieron a Chile dos legendarias emisoras de música clásica *Intermezzo* y *Andrés Bello*; Esperanza Muñoz, fundadora de la antigua academia de modelos que lleva su nombre y Roberto Maitre, su marido -mi *paco amigo*- un coronel de carabineros inteligente y divertido; Luz María Vargas, Hernaní Banda y tantos otros.

Por otra parte, escuchar historias de su carrera y sus logros eran inspiración pura para mí. Por un tiempo me sentí protegida y segura en todas las áreas, sin embargo, al cabo de unos meses la brecha generacional se hizo patente y él decidió que yo necesitaba a alguien de mi edad, cosa que me negué a asumir por un buen tiempo. Entonces, a modo de *venganza*,

comencé a salir con un músico al que él conocía. Y si bien, no teníamos mucho en común aparte del arte, en dos meses ya preparábamos nuestro matrimonio. La experiencia fracasó desde el primer día y comprendí que no era cierto aquello de que los opuestos se complementan. Tras mi separación, un año más tarde, Juan Carlos me comentó lo culpable que se había sentido por toda la situación. Nunca me pareció que lo fuera. Somos nosotros los que tomamos las decisiones que determinan nuestra vida y ahora, cuando han pasado más de veinte años, veo como todo está envuelto en una cadena que nos lleva de un lugar a otro. Cada paso nos conduce al siguiente y en cada eslabón aprendemos y enseñamos algo, querámoslo o no.

En septiembre de 1987 murió mi madre, en enero de 1988 me separé. Había crecido lo suficiente para saber que no podía seguir casada sin amor. Yo, como el país, me atrevía a reconocer errores y a optar por otro futuro. Descubrí que tenía derecho a elegir.

Ya hacía un año que, además de *Top Ninety* que seguía su curso normal, contaba con mi propio programa: *Pianísimo*. Era un espacio que iba las siete de la tarde, todos los días en directo, donde se difundían baladas y temas medio tiempo, en inglés y español. *Cinema, Bandhada* (Con Carlos Chung a la cabeza a quien acabo de reencontrar gracias a "San

Facebook”), *QEP*, el dúo *Top*, *Rosario Salas*, *UPA*, *La Ley*, *Fulano*, *Oscar Andrade*, *Payo Grondona*, *Rudy Wiedmier*, *Sebastián Santa María*, *Andrés Godoy*, *Santiago del Nuevo Extremo*, *Eduardo Peralta*, *Eduardo Gatti*, *La Banda 69*, *Mario Argandoña*, *La Banda del Gnomo*- con *Catalina Tellias* como vocalista- y *Denise de Aguaturbia*- eran algunos de los números nacionales que rotaban en nuestra parrilla de ‘lentos’.

Con la influencia de la escuela de Pirincho Cárcamo, había aprendido a escuchar todo el material que me llegaba e, independiente de mis preferencias personales, a darle una plaza para que los auditores decidieran qué les gustaba y qué no. Poco importaba el tema tecnológico. A veces reproducíamos *cassettes* particulares de pésima calidad que contenían pequeñas joyas musicales y que, de haber sido grabados hoy, aún seguirían siendo éxitos.

Nuestra relación con las compañías discográficas era excelente y recibíamos mucho material, pero sin ninguna presión de ellos. Cada quien programaba a su regalado gusto (cosa a veces molestaba al encargado de la discoteca, Francisco ‘Bototo’ Troncoso) lo que nos proporcionaba una sana libertad para difundir a todos los artistas, no sólo a unos pocos como sucede hoy.

La salida al aire de *Pianísimo* estaba a cargo de Juan Carlos 'Rambo' Solorza, apodado así por su desarrollada musculatura y las camisetas sin manga que debía usar necesariamente para su pedaleo diario en bicicleta, de la casa al trabajo y viceversa. Con *Rambo* hicimos una gran dupla de trabajo. Su sensibilidad musical y conocimiento de diversos temas, entre los que se cuentan las culturas orientales, resultaba un aporte ideal para un programa que pretendía no sólo entretener sino 'dejar algo'. Así, además de hacer notas y presentar canciones, muchas veces yo leía algunas frases 'para el bronce' que habíamos estado comentando, las que permanecían en el aire quizás abriendo puertas de pensamiento para algunos. Y lo que ahora en el papel parece una siutiquería, era ampliamente valorado por el público que escuchaba *Piannísimo* que enviaba cartas -sí, en papel- y poemas con regularidad. Había, y creo que siempre habrá aunque no todos estén de acuerdo, una necesidad por parte de la gente de escuchar y ser escuchados en serio, sobre todo cuando se trata de sentimientos y aspiraciones profundas.

Otro de los ejes del programa era la entrega de información sobre lo que comenzaba a suceder en el ambiente artístico y cultural. Los panoramas incluían un par de peñas, *La Casona de San Isidro*, la *Casa Kamarundi*, el *Cinearte Normandie* -que entonces se ubicaba en la Alameda- y por supuesto el viejo y querido *Café del Cerro*. Era ahí donde los

artistas partían forjándose una carrera, el lugar donde se vivía la renaciente bohemia santiaguina. Cantautores nacionales e internacionales se reunían en ese espacio para mostrar su talento o simplemente disfrutar del de los demás. Todos los días se presentaba alguien conocido o por conocer y a las doce de la noche el ánimo comenzaba a distenderse con la presencia inigualable de *Felo* que, con su humor irónico e inteligente, cautivaba a la concurrencia. En el *Café del Cerro* escuché por primera vez en vivo a *Pablo Herrera*, a *Pie Plano*, al inigualable *Luis Alberto Spinetta* y a tantos otros que dejaron huella en la historia de la música, del llamado 'rock latino'.

A pesar del difícil escenario que vivía el país, no recuerdo enfrentamientos en el lugar ni en sus alrededores, simplemente queda una sensación de estar conectados con algo más importante que las propias individualidades. Será porque, después de haber permanecido tanto tiempo sin caminar las noches como antes lo habían hecho otras generaciones, nos bastaba un café o una cerveza y la música para sentir que estábamos vivos, que pertenecíamos a algo.

Pianísimo duró cuatro años, tiempo en el que aprendí de la gente y del medio e hice grandes amigos entre músicos y cantantes, muchos de los cuales conservo hasta hoy.

El sueño de la piba

El verano de 1988 me llevó nuevamente al Festival de Viña del Mar. Durante dos años había estado en contacto con una infinidad de rockeros, chilenos y argentinos de moda, entre los cuales estaban *Los Enanitos Verdes*. A ellos, como a *Virus* y *Soda Stereo*, los manejaba una agencia transandina de prestigio que contaba entre sus directivos a Oscar Sayavedra, productor avecinado en Chile desde hace más de 15 años. Con Oscar tuvimos desde siempre una gran cercanía y, cada vez que era posible, me llevaba a los chicos de las bandas a la radio para que los entrevistara antes que otros medios. En realidad, mi relación con el equipo completo era excelente, así como la de todos quienes conformábamos Galaxia por lo que no constituyó gran sorpresa cuando, después de un éxito total en la Quinta Vergara, vimos aparecer a los integrantes de *Los Enanitos Verdes* en nuestro locutorio del Hotel O'Higgins. Marciano Cantero, Felipe Staiti, Daniel Píccoli y Tito Dávila arribaron radiantes tras la presentación, en medio de una turba de fanáticos y periodistas. Las felicitaciones iban y venían para el grupo que había cautivado totalmente al 'monstruo' con sus numerosos hits. *Por el Resto*, *La Muralla Verde*, *Cada Vez que Digo Adiós*, *La Misma Luna*, *Tus Viejas Cartas*, *La Luz del Río* y una decena de canciones de sus álbumes habían sido coreadas por una multitud enfervorizada de veinticinco mil almas que se negaba a dejarlos partir.

Apenas terminamos la entrevista de rigor, el grupo se disgregó y en segundos que surgen ahora como una escena aislada de una película romántica -porque los recuerdos que nos marcan aparecen siempre como una especie de *zoom in* que deja fuera de cuadro el contexto- me encontré escuchando a Tito Dávila hablar sobre la soledad del éxito y lo mucho que pensaba en mí en ciertas ocasiones. Si bien la historia me halagó sobremanera, también me sorprendió. Mi amistad con los chicos siempre había estado ligada a lo profesional y salvo una que otra broma en las oportunidades en que nos veíamos, jamás había pensado que hubiese algo más con ninguno de ellos. Yo estaba viviendo el quiebre de mi matrimonio y el duelo que eso conlleva, por lo que resultaba emocionalmente improbable 'empezar a mirar para el lado' cosa que le dejé muy clara a mi 'pretendiente' en esa y un par de conversaciones que tendríamos en los próximos días.

El Festival llegó a su término pero los *Enanitos* permanecieron en Chile por un par de semanas. Actuaron en Santiago para luego volver a la Ciudad Jardín y realizar un concierto en la Quinta Vergara. En esa misma fecha, parte del equipo de Galaxia- Pirincho Cárcamo, el Compadre Chris y yo- junto a un grupo de modelos y cineastas realizábamos una gira por el litoral presentándonos en las playas. Desde un escenario montado por nuestros auspiciadores invitábamos al público a

participar de diversos concursos donde, tras alguna prueba o actuación obtenían productos de merchandising y uno que otro episodio para relatar a sus amistades el resto del año. Por las noches, recorríamos las *discoteques* de la región. Estábamos en actividad constante y la gente agradecía nuestra presencia.

Uno de nuestros centros de operaciones se ubicaba en Algarrobo, el otro en Concón; fui asignada a este último. Nos instalamos en una hermosa casona frente al mar en la que se daba una especie de vida comunitaria. Divididas las tareas por grupo, dejábamos tiempo suficiente compartir, conocernos y trabajar sintiéndonos cómodos. Por supuesto que se dio más de algún roce. No es fácil adaptarse a un grupo de gente que no has visto en tu vida y que probablemente no habrías elegido, prejuicios mediante.

Al final del verano, agradecí la experiencia y me llevé un lote de nuevos amigos para mi inventario de afectos. De haber sido grabado, seríamos el primer 'Reality Ochentero', sin lugar a dudas.

El domingo posterior al cierre del evento festivalero, me encontraba en la casa de Concón cuando recibí un llamado de Tito. El bus que los llevaría a Santiago estaba a punto de partir y quería verme. Tenía media hora para llegar.

Hasta ese instante, yo había intentado mantener a raya el recuerdo reciente de nuestras conversaciones porque me parecía un historia demasiado hollywoodense para que tuviera un buen final. El era un tipo atractivo y soltero pero yo no estaba del todo disponible, mi formación tradicional así lo decía. Sin embargo, al escuchar su voz al otro lado del teléfono, algo sucedió. Una especie de calidez y complicidad que antes no había sentido se apoderaron de mi férrea voluntad y decidí ir a despedirlo.

En la casa de Concón, además de la *van* que nos trasladaba, sólo teníamos el auto del productor quien se negó a partir a las once de la mañana a Viña del Mar justo el día en que teníamos un rato más de libertad. En cambio, en un raptó de confianza y generosidad me entregó las llaves y el padrón. Había un problema: yo no sabía manejar. En ese minuto me quise morir y pensé que era una especie de señal. No debía ir, no tenía que seguir adelante.

-No dejes pasar la oportunidad- me dijo Paula, una modelo que conocía lo que estaba sucediendo- ¿Cómo sabes si él es el amor de tu vida?

La frase, aunque cursi, hizo efecto en mí y partí corriendo a la costanera para tomar un taxi que jamás apareció. Después de un rato que se volvió eterno, surgió

detrás de la curva pedregosa una micro digna de escena en la selva amazónica, que pude abordar sin mayores contratiempos. La chatarra se detuvo en una veintena de paraderos y cuando no lo hizo, el conductor disminuyó la velocidad para preguntar a los peatones que veía si querían subir. Instalada en el primer asiento, retorcí el boleto durante todo el trayecto hasta convertirlo en una fina lluvia de trocitos de papel que dejé como recuerdo en el suelo al bajarme temblando frente al Hotel O'Higgins.

Ahí estaba el bus. Lo miré incrédula, hasta que un aplauso en medio de vítores me volvió a la realidad. La banda, los productores y el equipo técnico celebraban mi arribo que los libraría de seguir esperando. Tito se negaba a partir si yo no llegaba. Probablemente él supo antes que yo, lo que nos deparaba el futuro inmediato.

Nos abrazamos como si hubiese pasado mucho tiempo y entonces me hizo su propuesta.

-Vuelvo la próxima semana para el concierto, luego nos vamos de gira por la Argentina. Quiero que vengas conmigo.

Y ante mi evidente impresión agregó:

-No *tenés* que responder ahora, *pensalo*. Si te veo en el concierto, sabré que *vení*s-, dijo. Luego me besó delante de todos.

La semana pasó como en un sueño. Trabajaba todo el día y a la hora de dormir, las pesadillas donde un avión partía sin mí no me dejaban descansar. Me cuestionaba todo el día, no me sentía capaz de tomar una decisión. Las conversaciones con Pirincho me distraían bastante porque nos paseábamos por cientos de temas que iban desde la música a la reencarnación, aunque casi invariablemente terminábamos hablando de Tito.

-Es un buen tipo- me dijo una vez. -Tal vez te falte darle una oportunidad.

En el fondo, era lo que yo quería internamente pero resultaba muy importante, para mi seguridad, escucharlo de otras voces.

El día del concierto en Viña, llamé al hotel varias veces hasta que pude comunicarme con Jorge Brunelli, gran amigo, *road manager* de la banda. Prometió que alguien me estaría esperando en la entrada y sugirió que no me demorara en llegar.

La hora pasó con rapidez y me encontré partiendo a la Quinta. No recuerdo cómo llegué al recinto, pero aún suena en mis oídos el clamor del otro 'monstruo' cantando a voz en cuello *Tus Viejas Cartas*.

El lugar estaba a tablero vuelto y había cientos de chicas intentando entrar. En algún punto del camino hacia la arena, Jorge Brunelli me rescató de las preguntas de los guardias y me llevó hasta donde usualmente se ubica el palco que ahora abría espacio para que más gente estuviese de pie. No quedé en las primeras filas pero sí en una posición central, privilegiada. Desde ahí podía ver a todos los integrantes y a Tito claramente.

De pronto bajaron las luces y comenzaron a tocar *Cada Vez que Digo Adiós*. Fue cuando él me descubrió en medio del público. Entonces se produjo una conexión tan evidente -o eso fue lo que sentí- mientras él me cantaba *y tenés que dejar a la gente que amás y a ella que te mira con tristeza y alegría y te dice, que te vaya bien, mi amor, yo te espero, siempre te esperaré*, que las fanáticas a mi alrededor empezaron a buscar a quién le estaba dedicando esas letras. No importó que quisieran asesinarme con la mirada. Sin haberlo imaginado, estaba viviendo 'el sueño de la piba'.

Tres semanas después me fui de gira con *Los Enanitos Verdes*. Estuvimos en Mendoza, San Juan y en Córdoba donde ellos participaron en el Chateaux Rock y compartieron escenario con Fito Páez, Charly García, Paralamas do Suceso y otros grandes del momento. Aprendí el orden del repertorio y parte de las frases que *Marciano* decía entre canción y canción. Las señoras de los otros integrantes pasaron a ser como mis hermanas y durante mucho tiempo mantuvimos un contacto sincero y afectivo. Pude comprobar cómo idolatraban a los chicos en todas partes, cómo su música comenzaba a formar parte de la historia del país y de Latinoamérica. Volví a Chile con las ganas de seguir apoyando la creación de nuestros artistas y aportar con un grano de arena en la radio al movimiento que nos unía con los trasandinos.

Meses después volví a viajar con ellos a Ecuador. Después de una promoción de locos en Guayaquil y Quito, Tito y yo nos separamos con la idea de reencontrarnos más adelante, cuando tuviéramos claro qué haríamos con nuestras vidas.

El éxito los llevó a México donde, en un trágico accidente, su Jefe de Prensa, Roberto Cirigliano, perdió la vida. La banda, herida, nunca volvió a ser la misma. Todos los integrantes volvieron a Mendoza, su ciudad natal, donde buscaron refugio por un tiempo. A vuelta de rueda, el cuarteto

se convirtió en trío, Tito se emparejó y emigró a España donde ha desarrollado una exitosa carrera como productor musical. Yo me volví a casar y avancé por el camino de las comunicaciones. En los años siguientes nos reunimos un par de veces –una de ellas en el Amnesty Internacional que se realizó en Mendoza- pero ya el amor había dado paso a una sólida amistad.

Los cambios

Durante el año 1986, se había realizado un nuevo intento por hacer entender al Gobierno, la necesidad de una transición más rápida a la democracia. Entonces, la llamada Asamblea de la Civilidad, compuesta por dirigentes de muchos gremios redactó un nuevo documento "La Demanda de Chile". Lo que pudo haber sido un paso adelante en las conversaciones quedó estancado tras el atentado a Pinochet en las cercanías de una de sus propiedades rurales, del 7 de Septiembre de ese año y todo hubo de comenzar nuevamente.

La esperanza de un cambio se asentó entonces en el plebiscito que contemplaba la Constitución del 80 durante el año 1988. Para estos efectos, la oposición necesitaba asegurar que no habría manipulaciones en la votación. El gobierno debía dictar un conjunto de leyes que, cualquiera fuera el resultado final, asegurara la participación de los chilenos partiendo por la aplicación de la ley de los partidos políticos que había sido congelada tras el golpe militar. Luego de afinar esta y otras leyes, debería darse a conocer el nombre del candidato que, de ser votado, gobernaría los próximos 8 años el país. Por el contrario, si la ciudadanía no lo aceptaba, se realizarían elecciones libres. Por supuesto, el candidato del gobierno era Augusto Pinochet Ugarte.

Durante gran parte de los años 1988 y 1989, la oposición buscó la forma de organizarse con la seguridad de que sólo unidos podrían conseguir el triunfo. Entonces surgió la Concertación de Partidos por la Democracia, quienes votarían por el 'No' a la continuidad del régimen.

En esa época, entendí *in situ* lo que era la libertad de expresión y no pude menos que ilusionarme con ella. Un año antes, una violenta experiencia me había mostrado la intolerancia y el odio que se respiraba en el aire. Tuve que vivir el episodio para convencerme de lo que realmente sucedía en mi país.

Fue una noche en que salíamos del estudio de Nacho Elordi (bajista y director de *La Banda del Gnomo*) ubicado en Tobalaba, con mi naciente grupo musical -Ana María del Solar, Nelson Parada y Marisol Fuica- tras un ensayo con Guido (vocalista del legendario *Grupo Panzer*) quien intentaba dirigirnos. Apenas nos habíamos movido del lugar cuando un auto con los vidrios polarizados se cruzó con violencia en nuestro camino obligándonos a frenar bruscamente. Del vehículo bajaron cuatro tipos con la mirada extraviada y metralletas, apuntándonos. A gritos nos ordenaron bajar y poner las manos atrás.

-¡Nacionalidad!- vociferó uno de ellos a Guido.

-Chilena-, dijo el músico.

-Ay, chilena, huevona- rió el hombre, fuera de sus cabales.

-¡La nacionalidad es 'chilena', ignorante!- alcanzó a responder Guido antes de ser arrastrado por el pelo hasta otro sector.

En silencio, respirábamos el miedo. No había un alma en la calle que pudiera socorrernos y los hombres parecían dispuestos a todo. Estaba claro que con ellos no existía diálogo posible y que disfrutaban su labor en medio de la enajenación.

La salvación llegó de la mano de mi trabajo. Apenas comenzaron a pedir nuestras identificaciones, fingí no encontrar mi cédula de identidad y entregué la tarjeta que me sindicaba como funcionaria de Televisión Nacional. El hombre retrocedió un poco, habló con uno de sus compañeros y a gritos nos envió de vuelta a casa.

-Váyanse rápido, que no los vuelva a ver. ¡Estas no son horas para andar por la calle!- vociferó para enrostrarnos, por última vez, su posición de poder.

Insisto, como muchos, hasta entonces nunca había dimensionado la realidad imperante. Ingenuidad pura.

Después de vivir el incidente comencé a poner más atención a quienes me hablaban de lo que estaba aconteciendo en Chile. Había todo un mundo paralelo desconocido para mí. Creí en una parte de la verdad, la que me mostraba pero no fui capaz de mirar más allá. Me sentí culpable. Nada se podía comparar con el dolor de mucha gente.

Quizás por esta nueva imagen, convencida de que, a pesar del movimiento que socavaba el régimen, la democracia tardaría bastante en llegar, acepté la invitación de unos amigos para viajar a Mendoza al Concierto Amnesty International. De seguro iba a ser la única oportunidad de ver en vivo a una docena de artistas que jamás vendrían a Chile hasta que hubiera elecciones libres.

El día de la aventura fue todo jolgorio. La caravana que subió la cordillera aparentaba ser interminable. Cientos de automovilistas parecían pensar lo mismo que yo y quisieron tener la oportunidad de presenciar un mega espectáculo único en la vida. El clima era templado y a cada detención nos bajábamos de los vehículos atestados de gente para respirar buen aire y compartir con desconocidos que se volvían amigos en forma instantánea.

El viaje, que normalmente no dura más de seis horas, nos tomó cerca de diez. Apenas desempacamos al llegar a los hoteles y enfilamos al estadio destinado al recital. El espacio, similar a cualquier recinto deportivo, hervía con miles de personas enlazadas por la magia de la ocasión. La música lo llenaba todo.

Ni bien pusimos un pie en el lugar, me topé de frente con *Los Enanitos Verdes* y sus señoras. El universo hacía de las suyas y comencé a disfrutar del evento contenida por mi 'familia trasandina'.

Yo ansiaba ver a Bruce Springsteen, The Boss, que sería el plato de fondo junto con Sting. Sin embargo, la experiencia de escuchar en vivo y 'a capella' a Tracy Chapman mientras el estadio repleto guardaba un silencio sepulcral, me marcó. Ahí comprendí lo que un verdadero artista puede provocar en su audiencia. Durante unos instantes intenté esconder unas lágrimas incontenibles pero hacia donde mirara descubría gente viviendo lo mismo.

Fueron más de seis horas de actividad artística y no alcancé a ver a Springsteen. El calor y el cansancio me llevaron de vuelta al bus que nos esperaba fuera del recinto y me dormí las últimas actuaciones. De regreso al hotel, muchos decidieron

salir a buscar algo abierto para cenar. Yo preferí quedarme. Al día siguiente debía estar antes de las cuatro de la tarde en el aeropuerto de Santiago donde me pasaría a buscar una *van* de TVN para llegar a tiempo al programa 'Porque Hoy es Sábado' de César Antonio Santis y Cecilia Bolocco, donde figuraba como presidenta del jurado.

Recuerdo la sensación única para mi ego cuando, estando yo en la fila de Policía Internacional, entró un equipo del canal con autorización para hacerme pasar por el sector VIP a toda velocidad. A las cuatro y media de la tarde estaba saliendo al aire desde los estudios de Bellavista.

Por esos días, para quienes habíamos crecido con el régimen, era asombroso y emocionante escuchar propaganda política en los medios. Por primera vez, un grupo cohesionado se atrevía a hablar directamente a la población y hacer un llamado para recuperar la democracia. Entonces *Los Prisioneros*, que habían sido la bandera de lucha semi oculta para muchos jóvenes, dejaron de ser los únicos. La gente hablaba del próximo plebiscito y se elucubraba sobre lo que pasaría después de su realización. El jingle del 'No', compuesto por Jaime de Aguirre se convirtió en el himno más difundido por las radios y abrió las puertas a la primera elección presidencial en 16 años.

Fue la misma época en que figuras del medio se atrevieron a prestar su imagen para ambas campañas. Algunas, se iban a arrepentir pronto de su decisión, quedando marcadas por mucho tiempo ya que, inevitablemente, el país seguiría dividido por años.

Mi departamento estaba ubicado a dos cuadras de la radio, en un vértice donde, desde el décimo cuarto piso, podía ver las caravanas que marchaban en distintas direcciones. A veces el 'No' iba hacia el oriente y el 'Sí' hacia el poniente, otras al revés. Desde arriba parecían un mar lleno de vida y color. Me gustaba ver a la gente manifestándose abiertamente, pero odiaba las bombas lacrimógenas que sólo me permitían llegar hasta el piso 10 en el ascensor si quería seguir respirando.

En lo personal, yo estaba intentando rearmar mi vida. La sensación de vivir sola por primera vez resultaba a ratos maravillosa, a ratos aterradorante. Me gustaba decir en broma que era una versión real de *Anita la huermanita*, pero sentirlo no era precisamente grato. Hija única, tras la muerte de mis padres me había hecho de los amigos mi familia y, aunque sabía que contaba con ellos, nunca me pareció justo involucrarlos en mis períodos de bajón. Debía resolver mi soledad, acostumbrarme a ella, asumirla y disfrutarla.

No recuerdo haber caminado tanto como en aquella época. Por las tardes, si la ciudad se encontraba tranquila, iniciaba mi periplo comenzando en Tobalaba con Providencia, el que variaba de acuerdo a mi estado de ánimo. La mayoría de las veces, sin tener clara conciencia de cómo había llegado ahí, me encontraba apostada frente al Teatro Oriente y entraba a ver la película que estuvieran exhibiendo sin conseguir concentrarme demasiado en lo que aparecía en la pantalla. En otras oportunidades caminaba hasta Plaza Italia para volver dos horas más tarde agotada a mi departamento sin ganas de hacer nada sino dormir. La *loca de la casa* me estaba jugando una mala pasada. En los períodos luminosos componía un par de canciones que luego olvidaba en algún rincón; en los otros, dejaba caer la angustia escribiendo hasta que las letras perdían sentido.

En ese tiempo empecé a sospechar que en el Universo está todo conectado. Y lo que parece obvio para muchos, fue como un golpe en la cara que me hizo reaccionar y volver a encantarme con la vida.

Un día en la radio, conocí a Oscar Andrade. Su genialidad musical me había impresionado desde siempre y lo complejo de su carácter resultó ser un elemento que nos conectó de inmediato. Entonces, mis caminatas dejaron de ser un rito solitario y por un buen tiempo nos dedicamos a aplanar

calles y a intentar arreglar el mundo. Yo estaba imbuida en la lectura de *Castaneda* y él había sido atrapado por La Biblia. Comentábamos los textos y sus similitudes mientras que la ciudad nos volvía cómplices de una especie de renacimiento de la bohemia. Una madrugada, descubrimos a un grupo de cineastas registrando el movimiento de gente a la entrada de un bar. Oscar se acercó a preguntar qué hacían y si bien no recuerdo la respuesta del equipo, permanece patente la sensación que me produjo. Me gustó su actitud. No tenía miedo a preguntar y se relacionaba con los demás con la facilidad con la que lo haría un niño, siempre alerta. Quizás por las circunstancias del país, yo acostumbraba a dejar pasar los detalles y me estaba perdiendo de muchas cosas.

En julio de ese año, el día de mi cumpleaños, Oscar realizó uno de sus últimos conciertos en Chile (poco después conocería a la cellista alemana que fue su pareja durante varios años y con quien se radicó en Europa) al que, asistí para hacerme un buen regalo.

Cuando el recital terminó, me dirigí a bambalinas para compartir un momento con él y sus músicos entre los que se encontraban el connotado percusionista Raúl Aliaga y Pablo del Real, un talento de la flauta traversa quien, a pesar de ser primo de mi segundo marido, lamentablemente no he vuelto a ver. Había bastante gente reunida en el lugar por lo que esperé

mi turno para las felicitaciones de rigor (pocos artistas nacionales suenan en vivo como lo hacen ellos) y me entretuve conversando con una mujer muy interesante que me pareció conocida.

-¿Qué haces?- pregunté en un momento.

-Soy psicóloga- respondió.

-Yo necesito una- dije, como si no hubiera sido yo la que hablaba.

-Lo sé, lo sé- contestó y las dos nos reímos.

Era Lita Donoso, una profesional maravillosa que me ayudó a salir de la depresión incipiente y me hizo ver que la magia que yo creía era producto de mi fantasía, es algo real. Con ella aprendí a confiar en mi intuición y a buscar las señales que el inconciente y la Divinidad nos entregan a través de los sueños. La terapia duró un par de meses, la amistad permanece hasta hoy.

Buscadoras ambas, la vida nos reúne constantemente en torno al espíritu. El año pasado asistí a uno de sus seminarios sobre autosanación, basados en el Método de Activación de la Glándula Pineal transmitido por la periodista Fresia Castro (*El Cielo está Abierto* y *Surameris*), evento que enriqueció mi vida y la de mi familia como ninguna otra actividad lo ha hecho. Hace un mes, tuve la suerte de celebrar

con ella el lanzamiento de su libro *Sanaciones Milagrosas, El Método Alkymia*.

A Oscar lo he visto un par de veces desde su regreso a Chile y lamento que su música genial se pierda en el limbo del conflicto que lo ata al medio.

Pero volvamos a 1988. Entonces llegó el plebiscito con el triunfo del 'No' y la promesa de una elección al año siguiente donde Patricio Aylwin Azócar obtendría la Presidencia tras derrotar al abanderado de la derecha militar, Hernán Büchi.

El 8 de marzo de 1989 viviríamos la maravillosa sensación de abrir nuestras puertas al mundo. Ese día se realizó el primer mega concierto internacional que tuvo Chile después de muchos años. Rod Stewart se presentó en el Estadio Nacional ante un público enfervorizado y emocionado. Un par de meses después tendríamos la visita de Cyndi Lauper. Por esa época yo ya trabajaba en TVN y tuve la oportunidad de entrevistar a la reina rockera de los alternativos. De la conversación, me quedaría para siempre con una frase: "Me gusta ser representada en los colegios por las gorditas y las menos agraciadas. Me ven como soy realmente".

En el país, con el advenimiento de los cambios, la efervescencia de la multitud y de los creadores dio paso a un

estado de esperanza y tranquilidad. Pero es bien sabido que en la crisis nacen las mejores obras. De alguna forma, ya no había por qué protestar y si bien el camino hacia la completa democracia aún estaba lejos de completarse, muchos de los artistas perdieron el *leit motiv*. Habían pasado cerca de dos décadas en las cuales de la opresión surgían frases e himnos que pretendían trascender al momento histórico retratando las circunstancias y ahora el panorama se presentaba plano. Como consecuencia, volvieron a imperar las baladas románticas y las bandas que buscaban por medio del marketing la forma de figurar en las listas de preferencia en las radios. Durante los años noventa, la búsqueda llevó a muchos a apostar por las raíces latinoamericanas y la fusión. Fue el instante en que Joe Vasconcellos vio sus primeros frutos, así como Congreso y Los Jaivas con su regreso a los escenarios nacionales. También el pop encontró su lugar en el mercado, el que ha prevalecido hasta el día de hoy sin la discriminación de antaño.

El año 1991 fue para el equipo de Galaxia un período extraño y difícil. La que había sido no sólo nuestra fuente de trabajo sino nuestra casa durante tantos años, fue vendida a Radio Chilena. El proyecto para ese grupo económico contemplaba la transformación de nuestra emisora en un medio a través del cual el Arzobispado orientaría a la juventud. Muchos de los profesionales debieron emigrar. Algunos obtuvieron mejores y más atractivas oportunidades en radios

de la competencia, otros se quedaron sin trabajo. Los menos, fuimos convocados por la nueva administración para permanecer en la emisora. Entregué mi aporte al recuerdo de lo que había sido Galaxia durante un par de meses. Luego, la persona a cargo de deshacerse de los que no nos adaptábamos cumplió su labor. Me dolió más la forma que el fondo porque evidentemente la institución ya no era la misma. Tal vez fue mi ego el que sufrió, nunca antes había sido despedida.

No pasó mucho tiempo antes de que Galaxia fuera vendida nuevamente, esta vez a un grupo económico brasilero. Tras otra administración, el dial que nos pertenecía lo ocupa hoy Duna.

Las 'viudas' y 'viudos' de Radio Galaxia, entre los que se cuenta una generación que va desde los veinticinco a los cincuenta años, recuerda con nostalgia los años de la emisora. Dicen que se percibía un ambiente cercano del que ellos también formaban parte. No se equivocan. Lo que salía al aire era el reflejo de lo que éramos como bloque, un grupo diverso pero cohesionado y creativo que disfrutaba al máximo su labor, entregando cada día todo de sí para cumplir con el público y sus expectativas. Pero todo en la vida tiene un ciclo y el nuestro duró lo suficiente para dejar huella en la historia personal de cada uno de los que crecieron escuchándonos.

En paralelo

En 1986 me llamaron por primera vez a la pantalla chica. Canal 11 -actualmente Chilevisión- fue mi primera casa televisiva. Ahí trabajé como Locutora de Continuidad y en 1987 tuve un micro espacio -*A propósito*- donde difundíamos todo el material que nos llegaba desde Europa y que era desechado porque no tenía plaza en otros programas. Era una especie de noticiario 'UFA' lleno de curiosidades.

La gente tiende a pensar que la televisión es una olla de grillos y la verdad es que, al igual que cualquier otra empresa con más de dos trabajadores, usualmente lo es. Sin embargo, salvo un episodio desagradable con una diva del momento, no recuerdo demasiadas rencillas. Bastaba con tener un par de amigos y las cosas se facilitaban totalmente. Yo contaba con varios pero las dos más cercanas eran Sofía Andonaegui, quien después se convertiría en la flamante esposa de Coto Espinoza y Karin Peters, la entonces señora del cantautor Pancho Puelma.

Las tres formábamos un grupo joven y abierto que no amenazaba a nadie y contaba con la simpatía de las maquilladoras, cosa fundamental no sólo a la hora de cuidar la imagen sino de contener el alma. (Un incidente tragicómico sucedido en los vestuarios nos dio la pauta. Una ahora

connotada figura de las pasarelas respondió el teléfono y se quedó sin habla. La maquilladora de turno le aconsejó: “Linda, dígale que llame después, que usted es modelo no más”).

Los turnos de continuidad eran un soberano aburrimiento pero constituían el primer escalón para ingresar al medio. Rotábamos en turnos de seis a ocho horas para aparecer en pantalla unos pocos minutos anunciando la programación. El peor de todos era el de la mañana. Uno se levantaba al alba para abrir las transmisiones y después permanecía horas mirando el monitor por si algo sucedía que nos dejaba fuera del aire o había que leer un servicio de utilidad pública. Fue en esas mañanas donde conocí a Jorge Rencores, quien a pesar de la hora, entraba al canal muerto de risa, conversando con todos, siempre con una broma flor de labios. A medio día aparecía la gente del programa infantil *Patio Plum* -La Monona (Amanda Lorca), Lenteja y Samuel (Samuel Villarroel)- y por la noche los lectores de noticias entre los que se contaban Eduardo Riveros, Raquel Argandoña y Benjamín Palacios. Este último se convertiría en un buen amigo. Hombre grande -en todo sentido- sensible, algo ingenuo y muy creativo. Recuerdo mi impresión al visitar por primera vez su casa en la calle Los Militares donde por toda decoración tenía en las paredes una serie magnífica de retablos hechos por él. Poco tiempo hemos tenido para compartir en la última década

pero cada vez que nos encontramos percibo que el afecto se mantiene.

Además de mi actividad en el Canal 11, el año 87 entré a estudiar Publicidad. En realidad era una especie de doble militancia porque asistía a clases y también las daba. Mi corta experiencia en el medio me había acreditado para enseñar dicción y desplazamiento escénico a los alumnos de locución y modelaje. Por lo mismo, no toda la escuela estuvo conforme cuando, junto a mi *socio*, Nelson Parada, ganamos el festival de la canción con una versión demasiado parecida a la original de 'Luna', que habían hecho famosa Ana Belén y Víctor Manuel. A modo de anécdota debo confesar que a este último lo idolatré hasta que lo conocí años después en Viña del Mar. No sé si habrá sido una mala jornada pero el personaje me pareció, lejos, lo más frío que había pisado la tierra. En cambio Ana Belén resultó ser su opuesto. Una mujer abierta y fascinante, de aquellas que siguen dando su tiempo con todo el amor del mundo fuera del escenario. Probablemente ambos conseguían el equilibrio necesario para seguir adelante.

Terminado el año, e impulsada por mi idealismo, me retiré de la carrera porque no estaba dispuesta a *contribuir al consumismo del chileno*. Varias veces me arrepentí, sobretodo recordando las clases de Claudio López, un brillante restaurador que nos inició en la semiótica y que nos

amenazaba con notas uno si faltábamos a algún examen sin traer *certificado de defunción personal*. Alguna vez lo visité en su taller de la Plaza Mulato Gil de Castro sólo para sorprenderme con su prodigioso trabajo.

Cuando hizo su entrada 1988, Televisión Nacional me reclutó entre sus filas. Fui la voz en 'off' de una realización conducida por Alejandro Chávez y Jorge Rencoret además del mítico espacio juvenil '*Magnetoscopio Musical*'. Dos meses después de mi ingreso, Rodolfo Roth renunció al saber que el programa tenía fecha de vencimiento, entonces tomé su lugar cerrando así un ciclo importante para mi generación. Una tarde, mientras grababa uno de los últimos capítulos, apareció en el estudio Antonio Vodanovic. Al final del día había decidido, junto a la directora Gabriela Tesmer, que yo haría la transmisión de los Premios Grammy de ese año. Su apoyo fue total y yo ya me veía sobre el escenario de la Quinta Vergara, aunque a decir verdad más me interesaba hacerme cargo del nuevo proyecto juvenil que el canal estaba preparando: *Clip Clap*. Pero, como dicen los futbolistas, no se dieron las cosas. Mi participación en el naciente espacio habría sido de toda lógica puesto que recibí una excelente crítica en la prensa a raíz mis últimas apariciones en pantalla. Sin embargo la dirección privilegió la presencia de alguien que no hubiese estado relacionada con el *Magnetoscopio*. Y aunque lo lamenté profundamente, el tiempo me hizo agradecer la decisión. Tanto

la actriz Rosario Zamora como el Compadre Chris, elegidos como animadores del segmento vieron mermadas sus posibilidades en la pantalla chica tras la tibia recepción por parte del público que los hizo finalizar anticipadamente el ciclo. Fue una pena para todos. Muchas veces el medio interpreta las señales de la gente en forma equivocada y el fracaso derivado de ello resulta aplastante. Lo único que queda entonces es seguir intentando hasta dar en el clavo.

Nunca tuve un segmento propio en TVN, pero sí espacios dentro de otros programas, lo que me permitía mantener la vigencia en el medio. Además de ser presidenta del jurado para elegir a la figura musical naciente del año en '*Porque hoy es Sábado*' -esa temporada, el grupo *Ariztía*-conducido por César Antonio Santis y Cecilia Bolocco; presentar el programa de Año Nuevo, junto a Claudia Miranda y Jorge Aedo, el canal me asignó un espacio musical dos veces a la semana en el matinal *En Familia* que conducían Paulina Nin y Hernán Pereira. A Paulina la conocí el año anterior y habíamos hecho buenas migas. Viviendo a un par de cuadras de distancia, nos reuníamos a menudo y nuestros maridos, en el par de veces que los juntamos, engancharon bien. En consecuencia, me resultaba muy fácil la interacción con ella. Por su parte, Hernán era un personaje agradable y jamás hubo un sí ni un no entre nosotros. Con ellos la cosa era distinta. Comenzaron tratándose muy bien pero a poco andar la energía

de ambos chocaba cada día más seguido y eso empezó a trascender la pantalla. A pesar de ello, el *En Familia* siguió su curso.

Durante el período que permanecimos al aire yo presentaba todas las semanas alguna nota entretenida que había preparado junto a mi singular productor, Leo García, ex integrante de *Los Duendes*, una antigua agrupación musical que tuvo un par de producciones famosas en los años 60 con temas que nunca escuché pero que el medio entero conocía, como '*Osito de Felpa*'. Cada vez que aparecía Leo, los pesaditos del equipo cantábamos el coro de la canción que, obviamente, era el título. A veces no había mucho que contar porque la actividad era mínima pero Leo siempre se las ingeniaba para hacer del espacio algo entretenido. Íbamos a los pubs y mostrábamos a la gente, los recitales y los restaurantes que tenían algún espectáculo en vivo. De todas las notas que hicimos, la que recuerdo con orgullo fue una entrevista a Alejandro Lerner. Antes de comenzar con la grabación, tuve la *patudez* de sentarme con él al piano y entonar '*Todo a pulmón*'. Lamento no haber pedido una copia de la cinta. Mi hijo chico, el músico, aún no está muy convencido de que sea cierto.

El año llegó a su fin y *En Familia* no tuvo segunda temporada.

Más Cambios

Yo llevaba ya un buen tiempo emparejada y me embaracé. Tuve síntomas de pérdida y para cuidar a mi bebé, renuncié al canal. Seguí en la radio porque se me permitió grabar los programas en forma mensual. Así, cuando mi hija mayor nació, decidimos irnos a vivir a la V Región. Si podía seguir el ritmo que había llevado hasta entonces en Galaxia, la mudanza no afectaría mi carrera. Trinidad había visto la luz el día 21 de junio y recién el 22 llovió por primera vez en la capital por lo que pensamos que un cambio de aire sería lo mejor para nuestra hija y también para nosotros.

Con camas y petacas nos instalamos en Viña del Mar confiando en que un amigo nuestro había prometido conseguir un trabajo para mi marido. Nunca sucedió. Así comenzó un año muy difícil que nos llevó al borde de la crisis profesional y personal. La situación no logró derrumbarnos pero socavó las bases de nuestra relación y unos años después, luego del nacimiento de nuestro segundo hijo, tomaríamos la decisión de separarnos.

Cuando dicen que Viña del Mar es un lugar cerrado, tienen razón. Nos costó un par de años conseguir un espacio y

cierta estabilidad, pero una vez que lo obtuvimos las sólidas amistades suavizaron nuestro paso por la Ciudad Jardín.

Mi marido se hizo cargo de la administración de un supermercado y yo entré a UCV TV. La víspera de 1992 me sorprendió literalmente en la punta del cerro, haciendo los enlaces para '*Año Nuevo en el Mar*' junto a Roberto Nicolini. Una semana después comencé a conducir '*Viña Verano*' desde el recién inaugurado Hotel Gala, en compañía de mi co-animador Patricio Achurra. Y aunque la estrella era él -a mí me pagaban la mitad- resultó una experiencia altamente positiva porque tuve muy buena recepción de parte del público y de la crítica. En la radio había aprendido a escuchar a los invitados lo que me daba amplia ventaja sobre cualquier otro entrevistador, así podía extraer toda la información que a la gente le interesaba con la amabilidad como herramienta principal. La efervescencia política que se vivía nos abrió un sinfín de posibilidades por lo que nuestras entrevistas a representantes de los diversos partidos eran pan de cada día y matizadas con notas a los artistas del momento hicieron del espacio un éxito de *rating*. Anselmo Sule, Jovino Novoa y Ricardo Lagos entre otros líderes, tuvieron tribuna en *Viña Verano*. En febrero, las figuras del Festival se apropiaron del set y la temporada terminó con buenas cifras.

A esas alturas yo esperaba a mi segundo hijo y en marzo se me notaba bastante el embarazo. El tema le parecía, a una de las cabezas del equipo, poco estético (i!) por lo que en mi segundo proyecto junto a Pato Achurra -*Encuentros Cercanos*- tuve que inmovilizarme en la mesa principal del restaurante desde donde transmitíamos en vivo. Pato circulaba, saludaba al público y mantenía conversaciones con los invitados en otras mesas. Yo esperaba que me diera el pase.

Está claro que no todo lo que sucede en un estudio sale al aire y muchas veces las anécdotas de lo que 'no se vio', de ser transmitidas, habrían triplicado la sintonía. Entre las muchas situaciones curiosas que deben haber tenido lugar en el espacio, recuerdo especialmente tres.

El primer capítulo del programa invitamos a un cantautor muy querido en la región para que nos pusiera al tanto de lo que estaba haciendo e interpretara algo de su conocida producción. Nadie sabía que el hombre estaba pasando por un mal momento y que su manejo alcohólico era nulo. Como es de suponerse, los mozos lo atendieron como lo dioses y él consumió todo lo que le ofrecieron. Cuando se inició la transmisión estaba totalmente borracho y tras un par de respuestas incoherentes, la entrevista llegó a su fin. Además está decir que no se volvió a ofrecer bebidas alcohólicas antes del programa.

Un par de semanas más tarde en la pauta figuraban sólo dos mujeres: la escritora Pía Barros y una vedette. Aparentemente nadie informó a la gente de maquillaje y peinado quien era quien y la vedette salió al aire con un aspecto de religiosa que sólo su madre habría aplaudido, mientras que la escritora ostentaba peinado exuberante, maquillaje exagerado y un escote prominente.

-Pensaron que yo era puta-, diría después la Pía con sonoras carcajadas.

El tercer episodio no resultó tan gracioso para mí pero lo debe haber sido para quienes lo presenciaron.

No hace falta conocer el medio para saber que antes de comenzar un programa, la tranquilidad y concentración de los animadores es factor importante para la seguridad personal y el inmediato buen desempeño frente a las cámaras. Acababa yo de cambiarme de ropa y estaba recién maquillada cuando el personaje que consideraba poco estético estar embarazada entró al vestuario gritando a voz en cuello:

-Chucha, qué estás gorda- vociferó

-Lo gorda va a pasar, tu mala educación, lo roto...no-, contesté indignada.

Más de alguno contuvo la risa. Salí a escena lo más digna que pude y a los pocos minutos había olvidado el mal rato.

Una semana después finalizaba la temporada y nacía Tomás, mi segundo hijo.

Los próximos dos años los dediqué a mis niños pero sin dejar totalmente la televisión.

La vida en provincia puede ser muy grata si se tiene medios, de otra forma resulta una tortura absoluta. Todo, salvo los colegios, es más caro que en la capital y las bondades de una vida 'tranquila' poco se disfrutaban si está en juego lo básico. La mayoría de las veces partía con los niños a trabajar. Instalaba a Trinidad en algún programa infantil y a Tomás lo encargaba en la sala de maquillaje mientras yo grababa un espacio musical para dos semanas. Cuando el chiquito comenzaba a llorar me avisaban y partía a darle pecho. Entonces, el malo de la película, gritaba indignado "¡en ningún canal del mundo se detiene una grabación para darle pechuga a la guagua!". No estoy segura de que haya sido un tipo totalmente insensible, de lo que no hay duda es que fue uno de los primeros misóginos que conocí. Por otra parte, mi amistad creciente con el director del canal Jorge Bornscheuer y su

señora, Marcela Veas, lo alteraba sobremanera. Nunca supo que yo, en aras de la amistad con este matrimonio excepcional, adelantándome a los comentarios, evité mezclar las cosas mientras pude y jamás le pedí a Jorge que intercediera por mí para nada. De hecho durante casi un año en el que no había nada más, me dediqué a vender publicidad para en la estación. Necesitaba trabajar y no me atreví a proponer ningún programa. Los resultados no fueron buenos pero aproveché el tiempo y conocí a mucha gente en la región.

En 1994 me asignaron el segmento del mediodía, *Sigamos Juntos*. No será necesario aclarar quien comentó "en este canal nunca se ha conseguido auspicio después de comenzado el programa, así es que no te hagas ilusiones".

Comenzamos la primera semana de julio. En agosto teníamos dos empresas regionales y un banco patrocinándonos.

El equipo, dirigido por Carlos Poirrier, estaba conformado por una decena de profesionales jóvenes listos para impactar y permanecer 'en el aire' por mucho tiempo. Y si bien nuestro fuerte eran las entrevistas en estudio -donde junto con mi gran amiga y voz en 'off', la talentosa compositora Rosario Salas- conseguíamos confesiones de todo tipo por parte de los invitados, las notas en exterior, los espacios musicales

de las compañías discográficas y los concursos también arrasaban a una hora en que mucha gente encendía el aparato de televisión para tener compañía a la hora de almuerzo.

En octubre de ese año me invitaron a ser jurado pre-seleccionador del Festival de Viña por primera vez, la experiencia fue memorable. Si bien yo había sido programadora de mis espacios radiales y televisivos, conocía bastante de música y componía, me sorprendió la elección porque aún no había grabado nada oficialmente. Sin embargo, el aporte era precisamente ese: representar a quienes difunden canciones, están en el medio e intuyen los futuros éxitos por conocer el gusto popular.

Recuerdo haber sentido una tremenda emoción por la responsabilidad de elegir entre cientos de artistas que, probablemente, habían invertido mucho tiempo y dinero en sus grabaciones, ilusionados con participar en el certamen. Era obvio que la decisión final no dependía de mí, pero sí tenía un porcentaje de ingerencia en ese resultado.

Compartí labores con Vicente Gaponov, Luchita Souza, Paz Undurraga y Scottie Scott, los que se convertirían en grandes amigos, especialmente Vicente y Scottie. Fue 'la Gringa' quien me animó a entregar mis composiciones. Meses después la joven cantante *Herty* grabaría por primera vez una

canción mía en Bolivia. Desde entonces he participado en varias producciones, chilenas y extranjeras, y también he compuesto características para diversos programas de televisión.

En los años siguientes seguí cumpliendo el rol de jurado y sentí la misma emoción cada vez que elegimos a los finalistas. El material que llega es tan variado y amplio como la vida; el trabajo es arduo y sólo unos pocos quedan contentos. Se premia lo mejor, siempre, y ese concepto es difícil de entender para quienes no clasifican. El criterio implica varios factores a considerar que, en conjunto, nos dan un todo con posibilidades internacionales. Talento, búsqueda, calidad técnica, proyección, tendencia, son sólo algunas de las variables que determinan a los ganadores. La posibilidad está, para todos.

El año 1994 finalizó y con él *Sigamos Juntos*, que fue reemplazado por '*Contigo en Verano*', conducido por Patricio Villanueva y por mí.

Después del éxito de *Sigamos Juntos*, me costó adaptarme a conducir en pareja nuevamente. Patricio es un caballero, ciento por ciento, pero su estilo de animación convencional distaba mucho del mío. Además, después de haber saboreado la amargura del machismo imperante, todos

los detalles en los que pudiera sospechar un dejo de esa actitud me molestaban sobremanera. El día en que entré al set con un par de minutos de retraso y él me preguntó en pantalla si venía de comprar la verdura en la feria, renuncié. Tal vez fue inmadurez, no sé; quizás fue una sobre reacción. Si el episodio hubiese sucedido hoy, mi respuesta habría sido distinta.

Alcancé a estar cesante una semana, tras la cual me integré al equipo de Sergio Riesemberg en La Red. La vida era más fácil entonces. Fue la única vez en toda mi carrera en la que me ofrecieron un sueldo más alto del que pedía. En Marzo de 1995 debutó mi programa infantil "Entretenidos" que permaneció en el aire hasta 1998.

Entretenidos

Apenas firmé el contrato con la estación de Manquehue, comencé a decir, como chiste, que ese era mi último paso en televisión. Sin saberlo decreté una realidad que con el tiempo habría de pesarme. Creí que un programa infantil iba a tener menos 'peso' que uno para adultos. Me equivoqué. Había olvidado la influencia que tienen los niños y no sospechaba el alcance de aquella pequeña gran audiencia. Lamentablemente el medio también lo olvida.

Desde los primeros episodios me di cuenta de la relación fantástica que establecíamos no sólo con el público infantil sino también con sus padres. Y en el afán de darles algo que realmente hiciera honor al nombre del programa, nos superábamos cada semana. Jamás fui la 'tía', siempre Mary que jugaba representándolos, tomando su lugar en pantalla sin imitarlos, pero reaccionando como ellos, con la misma inquietud por conocer el mundo, cometiendo travesuras. Mi 'partner' en el juego era Ohmar , un pájaro venido del espacio exterior -encarnado magistralmente por el actor Gino Balocchi, uno de los hombres más rápidos mentalmente que he conocido- que hablaba con acento caribeño y perpetraba

aventuras increíbles. Teníamos pocos recursos y con ello, la creatividad del equipo llegaba a su máxima expresión inventando jocosas situaciones que encantaban a grandes y chicos. Cada reunión de pauta era un goce. Pablo La Place, director del espacio, jugaba un triple rol. Además de conducirnos, creaba parte de los libretos que eran completados por todos y también era la voz del omnipresente doctor Lukter quien nos encomendaba difíciles misiones que iban desde plantar árboles, pasando por viajes a través del tiempo, hasta combatir con extraterrestres.

En el programa satisfacía todas mis necesidades teatrales. Disponíamos de un vestuario espectacular con el que pude ser tanto una reina del siglo XVIII como una harapienta de épocas actuales. Y si bien en los últimos años contamos con actores profesionales para nuestras historias, los niños nunca los quisieron tanto como a los primeros personajes secundarios -*Bambi*, la *Rosita* y la *Señora Juanita*- roles encargados a un asistente de edición, una asistente de producción y una periodista.

Gracias a la música, que compuse junto a Tito Astete y René Calderón, conseguimos acercarnos definitivamente a los niños realizando muchas presentaciones en colegios, instituciones y empresas. Nos presentamos en varias comunas

de Santiago, El Salvador y hasta en Potrerillos. La reacción del público siempre fue maravillosa.

Durante los años de programa tuvimos grandes momentos y algunos muy tristes como el suicidio de Oscar, uno de los actores aquejado de una depresión endógena, pero nunca dejamos que la magia se escapara de nuestro lado. Cuando recién se gestaba la figura de Rafael Araneda con su espacio juvenil *Revolviéndola*, *Entretenidos* y *El Club de Amigos de la Red* -que también conduje por un tiempo- generaban la mayor cantidad de ingresos que el canal recibía por concepto de auspiciadores. En más de treinta y seis meses aprendimos, nos reímos, fuimos nominados al Premio Apes, canté con Alberto Plaza y me "casé" con mi "nuevo pololo", Ramón Farías.

A principios de 1998, el canal fue vendido a una cadena mexicana de televisión. Los criterios utilizados para conseguir *rating* distaban bastante de los del medio nacional por lo que los cambios no se hicieron esperar y nuestros días estuvieron contados. En octubre de ese año, la mayor parte del equipo fue despedido y el ciclo finalizó con repeticiones del programa. Para el recuerdo sólo quedó la producción musical que aun se vende en tiendas chicas.

De vuelta a la radio

Tras un año sin trabajo, me asocié con Ana Carolina Guzmán, la ex gerente comercial de La Red, quien también había dejado sus labores en la estación. Comenzó entonces un período de búsqueda. Hacía tiempo que yo no estaba en una emisora de la capital -durante mi período en televisión sólo grababa para Radio Libra de Quillota y UCV FM en Viña del Mar- por lo que reinsertarme en el medio no fue fácil. Seguía siendo conocida entre periodistas y locutores, pero los directores eran cada vez más jóvenes y para ellos primaba la novedad a la experiencia.

Reeditamos entonces el programa 'Sigamos Juntos' en Radio Minería. Con Loreto Valenzuela hablando del Tarot, Isabel Díaz tratando problemas conductuales de los adolescentes y María Luisa Cordero opinando en su particular estilo, permanecemos al aire los últimos tres meses del año 1998, marcando presencia pero con tibio éxito. No hubo ganancias significativas por lo que el proyecto murió temprano.

En marzo del año siguiente, Radio Minería se convirtió en Radio Santa María de Guadalupe y con ella se perdió gran parte de la historia de nuestro país. Entonces Claudia Tapia, productora oficial de la estación me propuso realizar un

programa junto a Gladys Cárdenas quien también había quedado cesante tras el cierre de la mítica emisora.

Jamás había trabajado con otra locutora y la idea se me hacía insostenible a no ser por la necesidad imperante de generar dinero. Mi última experiencia con un locutor no era algo que quisiera repetir. Sin embargo, había tenido que entregar mi casa y es bien sabido que 'todos hacen leña del árbol caído'. Salvo por una entrevista en el programa de la Eli de Caso -conducido temporalmente por su hija Krishna donde yo quedaba en calidad de 'víctima de las circunstancias' convirtiéndome en un caso patético- mi aparición en los medios era nula.

Creo que en esa época comencé a entender que al ser humano le atrae la desgracia porque puede sentirse mejor ayudando al caído. No es algo que condene, muy por el contrario. Todos necesitamos de todos pero a veces el fondo es tergiversado por la forma. Antes de la entrevista en el programa de Eli, Oscar Soto, el productor general, me había hecho llegar un mensaje preguntando qué necesitaba. Probablemente esperó un número de cuenta corriente para realizar aportes o una lista de víveres faltantes y mi respuesta no lo dejó satisfecho. Sólo me interesaba era un trabajo. Jamás me lo ofrecieron.

El tema es que, bajo esas circunstancias, apenas conocí a Gladys Cárdenas, mis aprehensiones se desvanecieron. Contadora de profesión y locutora de oficio, mi co-animadora se volvió pilar fundamental del proyecto y por sobre todo una gran amiga. Inteligente, rápida, divertida y solidaria, no podría haber contado con otro ángel como ella en mi camino. Juntas presentamos el espacio 'La noche de...' en Radio Agricultura producido por Claudia. Conseguimos el horario que nadie quería -de 22:00 a 23:00 horas- convirtiéndolo en una franja bastante apetecible para los auspiciadores que nos apoyaron. Ganábamos poco pero nos reíamos hartos y nuestros invitados siempre fueron de primera línea. Entrevistamos a muchas personalidades del ámbito político, social y artístico del país y del extranjero. Por nuestro programa pasaron desde los rockeros de los ochenta a cantautores europeos como el canario Pedro Guerra. Nos escuchaban en los lugares más insólitos y tan pronto nos llamaba un baterista de algún grupo olvidado como un camionero que viajaba de noche y evitaba quedarse dormido escuchándonos. Compartimos con todo tipo de personajes.

Aún recuerdo la visita extraordinaria del atractivo director de 'Gringuito', Sergio Castilla, que permaneció con nosotros durante todo el programa y hasta leyó comerciales en su propio estilo.

Cuando el espacio terminaba, las tres mujeres que conformábamos el equipo nos dirigíamos a la Alameda a esperar micro. A raíz de las 'vacas flacas' todas habíamos vendido nuestros autos, por lo que la mejor opción era acompañarnos para evitar sustos. Solidaridad era la consigna y el ritual era como sigue: de lunes a jueves, ellas me acompañaban a esperar "la 228" que tenía poca frecuencia. Luego se iban juntas en cualquier otra línea que les sirviera. Los días viernes nos regalábamos un 'carrete' en un restaurante de Providencia hasta cerca de la una de la madrugada, hora en que alguno de sus maridos nos pasaba a buscar y luego nos repartía en los distintos hogares. Fue una época difícil pero cálida como pocas. Abandonamos el programa cuando la emisora cambió las condiciones contractuales.

Otro siglo comienza

El año 2000, Oscar Sayavedra, a sabiendas de mi pasión por la música, me llamó para hacerme cargo del catálogo anglo de la discográfica BMG. Acepté encantada pensando en que viviría rodeada de música, cantantes y autores. No estaba equivocada, pero la orientación del negocio distaba bastante de la poesía vivida en los medios de comunicación.

Tuve que aprender a pensar en dólares, proyectar ganancias y jugármela por las producciones que “podían vender”. Recibía cientos de muestras de distintos países y afiné mi percepción comercial para elegir lo que pudiera gustar a la masa. Recuerdo haber alucinado con una selección de música celta y tras comentárselo a Paula Narea -la Gerente General de esa época, hija de Myriam Von Schrebler- recibí una respuesta clarificadora: “Sólo venderíamos dos unidades. Las que compremos tú y yo”. Entonces supe por donde tenía que ir, pero no dejaba de dolerme.

En la compañía volví a tener no sólo un sueldo digno, sino un desafío interesante. El proceso de poner una producción en el mercado es un arte. Se elige la producción, insertas un sencillo, atraes a los medios con gotas de historia interesante del artista en cuestión y comienzas a manejar su cercanía por oferta-demanda. De acuerdo al público al que esté

orientado el “producto” es cómo debes moverte. Si el artista es juvenil, entonces muéstrale a las adolescentes todas sus facetas, incluidos los chismes, relaciones de pareja, sus diversiones. Haz que se sientan identificados con él o con ella. Si el producto es adulto, debes posicionarlo de tal forma que no parezca que lo estás introduciendo a la fuerza. Pura técnica.

El trabajo me gustó, pero también me llenó de frustración al descubrir que grandes talentos son ignorados porque se asume que no serán un éxito masivo. Aunque a veces lo son.

El gran acierto tuvo lugar el año 2000. Hasta mis manos llegó un vídeo de Dido *-Here With Me-* que, como diría un argentino, me voló los sesos. Había sido editado hacía un año en UK y las ventas no superaban lo esperado. Contra la corriente, decidí trabajarlo. Es decir, intentar ponerlo en los medios para editar el material. Tuve suerte. Ese mismo año, Dido grabó un tema con Eminem y se convirtió en súper ventas. Y Chile no fue la excepción, *No Angel* fue el disco mejor vendido del año.

Insisto. El trabajo me gustaba, pero no del todo. La radio, medio con el que yo estaba obligada a tener contacto habitual, me llamaba. Tenía ganas de volver y comencé a hacer *lobby* en Radio Caracol. Finalmente renuncié a la compañía e

ingresé a la emisora en agosto del 2001. El director de la época -el colombiano Arturo "Tuto" Castro- se sorprendió un poco cuando comenzaron a hacerme entrevistas que parecían homenajes *post mortem*. Casi me daba vergüenza, pero por otra parte servía para que mi ego se sintiera triunfante por el regreso.

Y lo que debía ser bueno se convirtió en un karma. Empecé a pelearme con Tuto. Él me pedía opiniones con respecto a la programación y el estilo de la radio y... yo se las daba. Pensé que realmente tenía interés en mi visión del medio, pero las respuestas no fueron las esperadas. No me gustó seguir el patrón de otras emisoras. Creo que es preferible hacer algo diferente -o intentarlo al menos- que ser la mala copia de un triunfador. Es la primera ley del marketing y de la lógica.

Como es obvio, mis comentarios no gustaron ni al director, ni a su superior. No me queda bien ser hipócrita, ni siquiera por mantener la pega. Había miles de cosas por hacer pero seguíamos copiando esquemas ajenos y repitiendo música hasta enfermar a los auditores. De seguro debe haber existido un compromiso comercial, pero era ilógica la programación de temas *parejitos*, por decir lo menos, una veintena de veces al día. En oportunidades acertaba con algún independiente pero no duraba mucho en parrilla.

A los dos meses de haber iniciado mi programa en la Caracol *-Más vale tarde...*- la Asociación de Periodistas de Espectáculos me nominó al Premio APES 2001 como Mejor Locutora de Radio. Luego de las felicitaciones correspondientes, me suspendieron el programa y sólo pude seguir haciendo continuidad. Me dio rabia, debo confesar. No entendí nada y me sentí traicionada por mi propia gente.

En los meses sucesivos sólo me dediqué a leer frases manidas y a grabar el tiempo para todo el país.

En diciembre de ese año recibí el Premio APES; en enero fui despedida por "necesidades de la empresa". Leo Caprile me diría después con mucha gracia: "Chica, no hay nada peor que ganarse un premio. Al año siguiente te va pésimo". No se equivocaba.

El presente

Un par de años después de mi salida de Radio Caracol, entré a Digital, la emisora online de El Mercurio. Dirigida por Cristián Wagner, conocido empresario del medio, Digital FM estaba -y aun lo está- dirigida al mismo público que Oasis. Música de los años 50 y 60, continuidad y noticias. Pocas palabras, mucho recuerdo. Descubrí que la tolerancia va disminuyendo con la edad y la consecuencia se vuelve fundamental para la armonía interna. Conocí gente valiosa pero tampoco estuve a gusto y la experiencia duró un par de meses.

Además de la radio, por esa época comenzó mi participación en el proyecto *Mujernoticias*, propiedad de Ana Carolina Guzmán, una revista de distribución gratuita que ocupó más de tres años de mi vida.

Escribía, entrevistaba, editaba, supervisaba la imprenta y hasta vendí publicidad en el último año.

A raíz de mis labores retomé el contacto con mucha gente que no había visto en años, especialmente actores y políticos quienes me facilitaron bastante el trabajo porque nunca tuve que perseguirlos. Siempre conté con entrevistados de primera línea y el público al que estábamos dirigidos lo agradeció. Pero, como el mercado de las revistas femeninas

está prácticamente copado y los auspiciadores prefieren invertir en productos masivamente probados, el futuro se veía incierto. El proyecto fue decayendo y por más que me negaba a renunciar, mis entradas nunca llegaron a cubrir las necesidades básicas. Comencé a buscar alternativas.

El año 2007 fui invitada a participar en Radio Galaxia online. Las dos dueñas del proyecto -productoras de eventos- se aventuraron en un medio que sólo conocían en parte, pensando que sería fácil. Todos quienes integramos el equipo pusimos nuestro trabajo y contactos al servicio de lo que se pensó iba ser un *boom* inmediato.

Hicimos bastante ruido -el nombre de la verdadera Galaxia sigue pesando hasta el día de hoy-, aparecimos en una veintena de entrevistas durante la marcha blanca y la gente comenzó a esperar con nostalgia lo que sería la antigua-nueva radio. Una vez en línea, la tendencia a programar música tecno y la repetición diaria de los espacios -nunca contamos con estudio propio- desilusionaron a la ansiosa audiencia y poco aportaron en la comercialización.

Ya sea por falta de oficio o desconocimiento del mercado, las responsables de la emisora no consiguieron hacer funcionar el sistema y muchos emigramos.

Tras dar vueltas buscando nuevos caminos, pensando lo difícil que es integrarse a una empresa después de haber sido prácticamente independiente, decidí cambiar de rubro.

Los ángeles o el universo confabularon y todo comenzó a salir de maravilla después de un período devastador. Cambió la actitud, cambió la suerte.

Fernando Reyes, músico (líder de *Ovalle Negrete*) y gran amigo, me sugirió realizar un taller de periodismo en un colegio de La Dehesa. Eso bastó para que orientara mis pasos nuevamente hacia la educación y se abrieran las puertas a nuevas oportunidades. Luego el destino me siguió dando una mano y volví a hacer clases al mismo colegio donde comencé mi etapa laboral veinte años antes.

Hoy sigo ahí. Estoy a cargo de las comunicaciones, hago clases de música y teatro y disfruto intensamente de crear mil cosas cada día.

Los dueños actuales son los hijos de aquella directora que algún día me retó por llevar un niño desafinado a la televisión. Ella ya no está, tampoco su marido -otro educador visionario- pero sus colegios siguen ahí. Fusionados mantienen los ideales de sus fundadores y yo tengo la suerte de trabajar con sus hijos y nietos a quienes conocí en la primera época.

Hace un par de días me llamó un amigo de los tiempos de la TV. Se sorprendió de que estuviera tan contenta trabajando fuera del medio.

-¿Eres la dueña del colegio?- me preguntó divertido.

-No, pero es como si lo fuera-, dije. -Quiero a mi gente, invento cosas todos los días, soy valorada, tengo tiempo para escribir y compartir con mis hijos. La verdad es que por primera vez creo que estoy donde quiero estar.

Y en definitiva, eso debe ser la felicidad.

La Reina, 2006

